REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLV | San José, Costa Rica | 1949 | Domingo 20 de Marzo | No. 2

Año XXIX — No. 1077

Rubén Darío y la música

Por *Pío BOLAÑOS*

(*Envío del autor*, en San José de Costa Rica, enero de 1949.

Entre los autores que han estudiado la obra poética de Rubén Darío, Francisco Contreras, Arturo Torres Ríoseco, Alberto Ghiraldo, Máximo Soto Hall y Arturo Marasso, no hemos encontrado se hiciera por ellos algo especial para investigar las fuentes de la música en la poesía del aedo nicaragüense. Apenas Marasso, quien más ha ahondado en las fuentes donde bebiera aquél su inspiración poética, nos dice cosas muy someras sobre las fuentes musicales de Darío.

Por otra parte, no hemos tenido oportunidad tampoco de leer los trabajos de otros dos chilenos: Silva Castro y Armando Donoso que últimamente han escrito sobre Darío; por lo tanto, ignoramos si alguno de éstos ha estudiado esta fase de su obra. Más bien casi todos, exceptuando a Torres Ríoseco y a Marasso, se han dedicado a hacer obras biográficas de nuestro poeta.

Es verdad bien sabida que el poeta verdadero nace con melodías en la mente, y el mismo Darío en el Preludio de Cantos de Vida y Esperanza, nos dice:

Yo soy aquel que ayer no más decía
. . . .
en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana.
. . . .
peregrinó mi corazón y trajo
de la sagrada selva la armonía.

Y por ello, cuando pensamos en el máximo poeta nicaragüense, recordamos el bello mito del nacimiento de la poesía de Euripides en Ifigenia en Tauride, donde el poeta de la Hélade nos pinta a Apolo, "sentado sobre el trípode de oro del verdadero trono en el más remoto y oculto lugar del poético santuario junto a las olas del Castalia, en el templo, centro del mundo, para cantar a los mortales el porvenir..."

También sabemos que Homero y Píndaro, aunque se apoyasen en el mito o en la leyenda para producir sus clásicos cantos, mezclaban en éstos la música; y en los glosadores alejandrinos leemos asimismo, que los rapsodas cantaban acompañados de la lira de siete cuerdas y de la flauta doble, para dar mayor armonía a sus recitaciones, como también lo hacían en la Edad Media los trovadores.

Homero, en el octavo canto de la Odisea nos cuenta cómo Demódico "el divino y amable aedo era excitado por la Musa para loar la gloria de los guerreros con un cantar cuya fama llegaba entonces al anchuroso cielo..."

Más tarde, encontramos los líricos: Anacreonte, Safo, Alceo, Stesicore, Baquilides y otros de esa pléyade de inmortales poetas griegos, cuyas obras más o menos han llegado hasta nosotros, los cuales recitaban sus poesías al son de la lira. Y es que todos ellos, tanto los antiguos de la edad clásica como los que llegaron después recitaban sus poesías al son de la lira. Y es que todos ellos, tanto los antiguos de la edad clásica como los que llegaron después, poseían, a decir de Wordsworth:



Rubén Darío
(Retrato de *D. Vázquez Díaz*)

*

The vision and the faculty divine.

Y si pasamos de los griegos a los hebreos, encontramos también que estos últimos cantaban sus himnos religiosos, como se lee en los Salmos del Rey David: "Alabad al Señor con la cítara, cantadle himnos tañendo el salterio de diez cuerdas". (Salmo XXXII. V. 2).

Para Goethe la música es la fragancia de la concepción poética; es el elemento en el que toda la poesía fluye como el río al mar.

A él mismo, según confesión propia, la música le servía "para calmar su alma, dar rienda suelta a su espíritu y dulcificarlo", aquietándole para convertirse en una fuente de inspiración directa de actividad creadora, "y finalmente, consideraba a la música como "una influencia que domina todo, y de la cual nadie puede darse cuenta".

Francis Turner Palgrave, en su *Golden Treasure*, antología y anotaciones sobre la poesía inglesa, al explicar la lírica, mantiene que "muchos de los más celebrados poemas líricos nunca han sido compuestos para música. Esto no indica, que ellos fuesen escritos para canto o lectura, y tienen, sin embargo, ciertas cualidades para el canto. Este es breve, apasionado, no es fábula, sino el alma de ella. Homero escribió su épica de la cólera de Aquiles. El poeta simplemente cantó cuán asombrosa es la pasión de ese desordenado aspecto de la venganza. Todo es sentimental y por lo mismo, casi todo lo lírico es corto. En la poesía lírica sus notas afluyen libremente y sus ritmos van señalados o marcados por las palabras. Nadie puede distinguir, rigurosamente, entre sonido y sentido. El primero pertenece a la impresión que se quiere trasmitir y es inseparable de ésta. Un verdadero lírico no necesita nunca componer música: lo suyo es música, discurso cantado. Forma uno con su espíritu; su cuerpo con su alma. En el canto descansa la escena de la poesía lírica. La oda griega del tipo de las de Píndaro, fué escrita para ser cantada por el coro". Hasta allí lo que el autor inglés dice sobre la lírica y la música, y aunque sólo se refiera a la primera, concuerda con lo que anteriormente sentamos: que la poesía y la música van siempre juntas en la elaboración poética y no pueden desligarse, ya que las dos poseen elementos afines y formales.

Y al genio de Rubén Darío, decimos, no podría faltarle la facultad divina de que habla Wordsworth, ni la arrolladora influencia del arte musical a que se refiere Goethe; y bien sabemos —lo probó a lo largo de toda su obra poética— Darío poesía, además, el asombroso poder de evocar con esplendor la fantasía de su imaginación. Allí están su Azul con sus Prosas Profanas, sus Cantos de Vida y de Esperanza, creados en la edad madura y sus lucubraciones cuando principiaba a cantar en su nativa Nicaragua, como Abrojos; atestiguande éstas y aquéllas, que gozaba de la facultad divina del aedo y ejerció siempre en su mente buena influencia el arte musical. De esta última influencia vamos a ocuparnos ahora, buscando las fuentes donde bebiera para expresar algunas de sus armoniosas estrofas.

Principiaremos este trabajo con la *Marcha Triunfal*, por ser este poema suyo el más conocido, recitado frecuentemente en las veladas de nuestros colegios y popularizado a su vez en toda América por la recitadora argentina Berta Singerman, quien siempre lo lleva entre las obras de su repertorio.

Fuera de ello, la *Marcha Triunfal* tiene, para los nicaragüenses, doble significado primero, por haber sido inspirado y mostrar la influencia de la música del Himno Nacional de Nicaragua como se verá después; y segundo, por ser obra del mayor y el mejor exponente de la poesía de su patria.

Desde sus primeras estrofas, la *Marcha* nos

revela cómo Darío supo interpretar en cláusulas sonoras la modalidad marcial del Himno nicaragüense, cuando en la niñez lo oyera por primera vez en las calles de León o de Managua. Más tarde, en 1890, durante su estada en El Salvador, debió haber oído también la *Marcha Gerardo Barrios*.

Esta última es obra del músico belga don Alejandro Cousim, autor también del Himno Nacional de Nicaragua. *La Marcha Gerardo Barrios* fué escrita con el objeto de enviarla a un concurso musical en Londres; pero al oírla el entonces presidente de El Salvador, doctor don Rafael Zaldívar, apreciador inteligente del arte, ejecutándose la marcha por primera vez en la capital salvadoreña, dispuso comprársela al maestro Cousin y declararla Himno Nacional de El Salvador. El maestro Cousim pasó enseguida a Nicaragua, creemos en 1889, y compuso otro himno que es el Nacional de este último país.

Los dos himnos, obras de un mismo compositor, inician sus notas con la estricta gradación de la escala; comienzan con tonos menores hasta alcanzar el *crescendo* de sonoros aires marciales, tal como lo hizo Darío en la *Marcha Triunfal*, imitando aquí la suave cadencia de las primeras notas, y más adelante, los sonidos de clarines, trompetas y redobles del tambor, cuando el poeta canta:

Y los timbaleros,
que el paso acompasan con ritmos marciales.

. . . .

Darío, como dijimos antes, oyó las dos marchas mientras las bandas de música de instrumentos de cobre, recorrían las calles de las pequeñas ciudades de León, Managua y San Salvador, en horas de alegría y de triunfos, retiñendo y hendiendo el aire con las vibrantes notas de sus himnos, y guardó entonces, en su privilegiada memoria, los acordes oídos en la edad juvenil y, más tarde, maduro su ingenio, esos mismos recuerdos los dejó grabados de manera indeleble en sus bellas estrofas de la *Marcha Triunfal* y ésta resultó ser una de las más felices creaciones de su numen. El poeta, tomando los motivos de aquellos dos himnos, amplió su genial creación abarcando otros, hasta hacer de la suya una oda épica de carácter internacional.

De esta *Marcha*, Marasso dice: "Darío presenta el ritmo tumultuoso de músicas y pasos, ensaya una forma de hexámetro"; y, finalmente, la califica de "un triunfo de decoración y de música"; y esto ocurre porque el poeta hace que el aire sonoro, la modulación del tono majestuoso y su fuerza orquestal, se eleven por entre el ámbito de las ciudades y las miles de personas que lo escuchan se entusiasman, como hoy se emociona y entusiasma el público oyendo recitar en el teatro la *Marcha Triunfal* de Darío, por las recitadoras: Berta Singerman, argentina, y la nicaragüense Titina Leal, ésta que grandiosamente la declama; poema de tonalidades heroicas y que no quedó envuelto en el polvo del olvido por haber permanecido en él y bien fijas, sus primeras impresiones juveniles con remembranzas que vibraron al compás de aquellas marchas musicales oídas en las calles de las ciudades de su patria y, cuando su estro poético tomó forma definitivamente las vertió en su heroico poema. Recordó en éste a su terruño y a los otros países que recorrió después en su peregrinación artística. Lo testifica el final de la Marcha cuando canta:

Al que ama la insignia del suelo materno,
al que ha desafiado, ceñido el acero
[y el arma en la mano,
los soles del rojo verano,
las nieves y vientos del gélido invierno,
la noche, la escarcha,
y el odio y la muerte, por ser la patria inmortal,
saludan con voces de bronce las tropas de guerra
que tocan la marcha triunfal...

*

La música de otro poema suyo *Era un aire suave...*, tiene matices de otro género: es lírica. Sobre este mismo, Darío nos informa haber escrito en Buenos Aires, "en edad de ilusiones y de sueños y evocada en esta ciudad práctica y activa, un bello tiempo pasado, ambiente del siglo XVIII francés, visión imaginaria traducida en nuevas verdades músicas".

A propósito de este poema y siguiendo nuestro intento, vamos a referir aquí una experiencia personal obtenida al oír por primera vez tocado al piano, el minueto francés del siglo XVIII.

En cierta ocasión, una pianista ejecutaba el *Minueto Amaryllis, aire del Rey Luis XIII*, y al oírlo nosotros, nos llamó la atención la suave y delicada cadencia de sus notas trayéndonos, de pronto, reminiscencias del poema de Rubén Darío:

Era un aire suave de pausados giros.

Atraídos por esa feliz ocurrencia, ya con la poesía en la mano, rogamos nuevamente a la pianista tocara otra vez el *Amaryllis*, y procedimos a recitar, por lo bajo, la poesía del vate nicaragüense, comprobando que las estrofas son notas musicales que riman con armonía a las del minueto *Amaryllis*.

Además, al continuar la recitación de la poesía acompañada a la música del piano, las siguientes estrofas:

el vizconde rubio de los desafíos
y el abate joven de los madrigales

. . . .

al oír las quejas de los caballeros,
ríe, ríe, ríe, la divina Eulalia...

. . . .

Fué en tiempos de duques pastores,
de amantes princesas y tiernos galanes,
cuando entre sonrisas y perlas y flores,
iban las casacas de los chambelanes...

advertimos, en la segunda, cuarta y última de ellas que se imitaba con palabras lo que en música se llama *glisando*, o sea, rápida sucesión de tonos en el piano o en el arpa, giros musicales que abundan en el *Amaryllis*, los cuales se acompasaban con las frases del recitado, formando el conjunto todo una especie de suave y ondulada melodía.

Como se ha dicho, y el mismo Darío lo confirma, la poesía *Era un aire suave*, le había sido evocada por el ambiente musical de la época de Luis Catorce, época en que figuraban Couperin, Lully y Rameau, célebres compositores, quienes componían danzas y ballets para amenizar la corte de Versalles de entonces. El *Amaryllis* fué también escrito en esa época. Eran esas composiciones musicales cadenciosas con ritmos de penumbra, figuras de seres alados, flúidas, como hadas en un bosque, y de sonidos delicados, que brotaban de esa música de cámara, como lo afirma un autor contemporáneo, y tal como nos lo describe Darío al sentir el lejano recuerdo de aquellas notas:

La orquesta perlaba sus mágicos sones
un coro de sones alados se oía;
galantes pavanas, fugaces gaviotas
cantaban los dulces violines de Hungría.

Estrofas estas que dan la impresión de una forma mágica.

Más aún, encontramos en uno de los ballets, creemos en el *Psyche*, de Lully, si no estamos errados, esta frase:

Tu - ri - rais, tu - ri - rais - avec moi;

y Darío en *Era un aire suave*, pone esta estrofa:

Luna de Costa Rica

(En el *Rep. Amer.*)

Al maestro *Joaquín García Monge*,
devotamente.

La luna viene bailando
por los cafetos en flor,
zapaticos en la mano
y la enagua de almidón.

Con flores de los vergeles
la luna hace un prendedor:
azahares de San Isidro
y orquídeas de San Ramón.

La luna viene rodando
en carreta de algodón,
"candelillas" a su paso
oscurecen su esplendor.

La luna de Costa Rica
viene de Puerto Limón,
se ha traído entre las crenchas
los caracoles del sol.

Ya la "reina de la noche"
asoma por su balcón,
un "mozotillo estorrenta"
su trino al níveo fulgor.

El punto guanacasteco
la luna bailando al son,
desgarra en la tibia noche
los espejos de color.

La luna siega su vuelo,
la luna quiebra su voz,
y menudean sus tacones
por tejados de cartón.

Alajuela, San Vicente,
por Heredia y por Colón,
galanes y doncellicas
juegan a rondas de amor.

Una soledad de amores
se guinda a mi corazón;
por el alba josefina
la luna me dice adiós.

Carmen DE LA FUENTE.

San José, 12 de diciembre de 1948.

La divina Eulalia, ríe, ríe, ríe,

la cual es, a nuestro juicio, una feliz imitación de la de Lully, arriba copiada.

Igual o parecida cosa sucede al leer la *Sonatina*. Toda ella es música aérea, de medios y fugas como son las otras musicales antes mencionadas.

Demás de eso, en las palabras liminares de *Prosas Profanas*, Darío nos confiesa: "mi órgano es un viejo clavicordio pompadour, al son del cual danzaban sus gavotas alegres abuelas"; y en su autobiografía extraña que la *Sonatina* no haya sido todavía puesta en música; lo que nos está indicando claramente que al escribirla se inspiró en aquellas obras musicales del siglo XVIII, ya que en esa poesía las palabras contienen y evocan los mismos aires sutiles y finos que escribieron aquellos músicos de la Corte Francesa de los Luises.

En *Era un aire suave*, en la *Sonatina*, en *El Clavicordio de la abuela* y en otros suyos, el poeta expresa en palabras, la decoración del ambiente "muy siglo dieciocho", y al mismo tiempo, dibuja con maestría un cuadro vivo de aquellas fiestas galantes.

Por otra parte, en otro verso lírico: *Allá lejos*, corto poema, canta a los pájaros y a las palomas arrulladoras

Bajo el nicaragüense sol de encendidos oros,

Y allí nos transporta al terruño donde nació, recordándonos los arpegios del cenzontle, el pájaro cantor de los montes y valles nicaragüenses. Sus palabras aquí, en este bello poemita, son también musicales; pero sus aires y melodías están tomados de la propia naturaleza. Para éste bebió allí Darío su delicada inspiración poética.

De otra poesía del mismo género lírico, *Elogio de la seguidilla*, Marasso, citado antes, opina que Rubén Darío cuando por primera vez llegó a España en 1892, "debió oír cantar las seguidillas de los bailes andaluces y pudo escuchar también las danzas en los "llantos" de dicha región". Esa música y los cantos populares de Sevilla debieron inspirar al poeta como anota Marasso, la composición del *Elogio de la seguidilla*, interpretando en ellas las diferentes y espontáneas manifestaciones de esos cantos y danzas regionales, como se desprende de estos versos:

Y España ve en tu ritmo, siente en tu canto
sus hembras, sus claveles, sus manzanillas.

. . . .
. . . .

La andaluza hechicera, paloma arisca,
por ti irradia, se agita, vibra y se quiebra,
en el lánguido gesto de la odalisca
o las fascinaciones de la culebra.

. . . .
. . . .

Subes, creces y vistes de pompas fieras;
retumbas en el ruido de las metrallas,
ondulas en el ala de las banderas,
suenas con los clarines de las batallas.

Aquí nos da el poeta un cuadro pictórico del contoneo de las bailarinas, de aquellas antiguas gaditanas célebres en la época imperial de Roma y después, en la de los Papas del Renacimiento. Las palabras del *Elogio de la seguidilla*, siguen el ritmo de los aires sensuales de la danza andaluz, cantada y bailada al son de las guitarras y al repiqueteo de las castañuelas.

A este propósito recordamos aquí la descripción que hace Waldo Frank en su *España Virgen* de esos sugestivos bailes. Transcribamos algunas frases del autor norteamericano, cuando las bailarinas, dice él mismo: "volviendo el rostro... y los brazos suben serpeando sobre la cabeza..." Más adelante continúa su descripción y anota: "los brazos flotan lánguidamente sobre la cabeza y las castañuelas repiquetean..."

Esto, agrega el autor citado, se debe a que la bailarina andaluza "encarna el espíritu de España", y eso mismo nos dice Darío. Este, al oír la música de esas sugestivas danzas dejó grabada en su *Elogio de la seguidilla*, su música, ofreciéndonos a su vez, un rasgo vívido del movimiento felino de las danzarinas.

Don Marcelino Menéndez Pelayo, a su vez y en uno de sus comentarios sobre la influencia que pudieron tener en la poesía de Rubén Darío los tradicionales cantos y romances españoles, recuerda a este propósito como uno de ellos, el estribillo del viejo romance que dice:

Tanto bailó
con el ama el cura,
tanto bailó,
que le dió calentura...

Lo que nos indica que la fuente musical donde bebió Darío para producir sus varios poemas líricos como el *Elogio de la seguidilla* y otros del mismo estilo, fué la música de esos cantos y romances españoles; y por lo mismo, sus poesías, pueden recitarse, fácilmente, al son de aquéllos. En sus ritmos van sugeridas las contorsiones y meneos de las danzarinas.

*

Ahora busquemos en otro poema de Rubén Darío, algo que podríamos calificar del género trágico, sin alterar el verdadero significado del concepto. Nos referimos al fragmento de la *Negra Dominga*, escrito en 1892.

Asegura el doctor Regino E. Boti en su libro *Hipsipilas*, editado en La Habana en 1920, con varias composiciones del vate nicaragüense publicadas en Cuba y oportunas noticias y comentarios sobre ellas. El autor nos dice que el *Fragmento de La Negra Dominga* fué publicado por primera vez en *Caricatura* de La Habana en el año de 1892, y años después dicho Fragmento fué atribuído, por alguien, al poeta cubano Julián del Casal; pero el doctor Boti prueba en su libro con abundancia de datos fidedignos, que esa versión estaba errada, que los versos eran de Darío, quien los escribió en la mesa de un café de La Habana mientras se encontraba allí reunido con varios amigos. Lo de escribir Darío sobre la mesa de un café algunas de sus poesías, lo sabemos por sus biógrafos y comentaristas, quienes nos han informado de esta original costumbre suya.

Nosotros, siguiendo nuestra tesis, sostenemos que el *Fragmento de la negra Dominga* puede recitarse, en parte, al compás de los acordes del *Manisero*, del músico cubano Moisés Simón, y aun cuando esta pieza musical fuese escrita en París en 1920, si no estamos mal *informados, se estima hoy como una de las* mejores interpretaciones de la música folklórica cubana, ya que en ella se polarizan sus aires; y es natural suponer, desde luego, que Rubén oyera a su paso por La Habana en 1892, aires de dicha música y escribiera sus estrofas en la mesa del café donde quizá también se ejecutaban acordes de ella, logrando expresar en este pequeño poema algunas de las modalidades de la música en que está basado el *Manisero*.

Demás de esto, el doctor Boti nos informa en su libro ya citado, que en la época de la llegada de Rubén a La Habana, la negra Dominga había cometido un crimen, "matando a su amante, un español blanco" y es probable, asimismo, que el poeta hubiera tenido oportunidad de conocer de vista a la negra Dominga o haber oído algo de su vida trágica, lo cual le sirviera para dar rienda suelta a su musa, imitando las notas de la música afrocubana y en un admirable brochazo dejarnos, además, la pintura de la voluptuosa negra y el ardor de su pasión por el hombre blanco.

Rubén tenía, como antes dijimos, imaginación capaz de asir las cosas presentes y con la poderosa fuerza de su númen poético, desarrollarlas y trasladarlas al verso, dándoles forma artística, sin perder el goce intelectual que su arte le exigía.

En la elaboración poética la forma tiene que serle sugerida al poeta por lo que ve y oye de las cosas de la naturaleza; sentirlas y comprenderlas; y para animar aquélla debe valerse de su propio aliento espiritual; darle vida, como lo hizo Darío en su *Fragmento de la negra Dominga* y en otros de sus poemas aquí citados. Si él hubiera recibido sólo una emoción pasajera, no habría captado la verdadera forma, ni ésta tuviera vida.

Por otra parte, la libertad de expresión que cultivó el poeta nicaragüense desde sus primeras lucubraciones, le sirvió para adquirir la nueva forma que él buscaba; y, además, para abrirse nuevos y más amplios horizontes donde desplegar las dotes con que la naturaleza le había prodigado. Desde Azul hasta Cantos de vida y Esperanza, fueron las etapas que tuvo que recorrer, no sólo para implantar una nueva forma métrica en el verso castellano, sino también para abrirse paso hacia el camino de la inmortalidad y de la gloria con sus producciones poéticas, hecho ya admitido por la crítica mundial (1).

*

No hemos intentado, como se desprende de lo anterior, una extensa búsqueda de las fuentes musicales donde bebió el poeta nicaragüense para producir la mayoría de sus poemas. Tomamos solamente tres aspectos de ella: la heroica, la lírica y la trágica, y dentro de ese estrecho marco, situamos unas pocas odas y las fuentes donde, a nuestro juicio, fué a beber Darío para escribirlas. Es, por lo tanto, este trabajo muy somero. La veta de la obra poética del vate nicaragüense, ya de renombre mundial, es muy honda y no ha de faltar quien, conociendo mejor la música y con más vigor y empuje y mayor erudición de la aportada en este pequeño estudio, encuentre lo que falta por investigar en ese venero que dejó el autor de *Azul*, de *Prosas Profanas* y de *Cantos de Vida y Esperanza*.

*

Para terminar este ensayo sobre Rubén Darío y la Música, de suyo incompleto, como antes dijimos, debemos insertar enseguida y completo el *Fragmento de la negra Dominga*, tal como lo trae *Hipsipilas* del Dr. Boti, ya que no le hemos encontrado en ninguna de las otras obras de Darío, a fin de que cualquier lector aficionado a estas búsquedas, aquí iniciadas, pueda convencerse de que el Fragmento puede recitarse, en algunas de sus estrofas al menos, al compás de la música del *Manisero* de Moisés Simón, y fácil le será encontrar que varios sonidos musicales de éste, van acordes con las estrofas del *Fragmento de la negra Dominga*, que reza así:

¿Conocéis a la negra Dominga?
Es retoño de cafre y mandinga,
es flor de ébano henchida de sol.
Ama el ocre y el rojo y el verde,
y en su boca que besa y que muerde,
tiene el ansia del beso español.

Serpentina, fogosa y violenta,
con caricias de miel y pimienta,
vibra y muestra su loca pasión:
fuego tiene que Venus alaba
y envidiara la reina de Saba
para el lecho del rey Salomón.

Vencedora, magnífica y fiera
con halagos de gata y pantera
tiende al blanco su abrazo febril
y en su boca do el beso está loco
muestra dientes de coco,
con reflejos de lácteo marfil.

San José, Costa Rica.
Enero de 1948.

---

(1) *Nota.*—a) "Rubén Darío fué el primero y principal introductor de la métrica moderna en la poesía española. Sus discípulos imitaron y exageraron sus extravagancias".--Rdo. Juan Rey, S. J. en *Preceptiva Literaria* para estudiar en el 4º curso de bachillerato en España. (Pags. 61, 62, 65), y en la 74, el Padre Rey comenta y cita estrofas de la *Marcha Triunfal* del poeta nicaragüense.

b) Y ya que hablamos de la crítica mundial sobre la obra de Rubén Darío, permítasenos reproducir también en esta nota, la puesta al pie de la página 236 del tomo 2º de la traducción al castellano de la *Suma* de Santo Tomás, del jesuita argentino, Leonardo Castellani, la cual dice así:

"Santo Tomás, al hablar sobre los Angeles dice: "Dios creó a los ángeles en el cielo empíreo"; y Castellani comenta en esta forma la frase de Rubén Darío: "Y el ángel que camina en el azul", afirmación poética de Rubén Darío, parecida a la de Santo Tomás: "Dios creó a los ángeles en el cielo empíreo", con empero la diferencia capital que en el poeta moderno la imagen es simplemente imagen, es decir, golosina o adorno; y en el teólogo antiguo la imagen es un símbolo, expresión concreta y voluntariamente hermética de una verdad probable y difícil".

Las notas arriba trascritas, confirman nuestro aserto sobre el alcance que ha tenido la obra poética de Rubén Darío cuando, en un tratado de Preceptiva Literaria y hasta en uno teológico, se citan y comentan sus frases.

Por este estilo podríamos citar otras frases tomadas de la obra de Darío, que le han proporcionado a éste renombre mundial en la república de las letras castellanas; pero con los anteriores citados, basta.—*P. B.*

El consejo del esclavo

(En *La Tribuna*, Lima. 17 agosto 1948).

Poco después que don Pedro Aguirre Cerda ocupó la Presidencia de Chile, en medio de la más encendida campaña política que se recuerda en aquel país, desde los días en que Arturo Alessandri derrotó a las fuerzas conservadoras en 1920, ocurrió el tremendo sismo de Chillán, en que quedaron destruídas varias ciudades y murieron alrededor de veinte mil personas, si la memoria no me es infiel. En el Congreso, el sector derechista, adverso al Presidente, era muy fuerte, aunque no mayoritario. Se trataba de dotar al Ejecutivo de los medios necesarios para encarar la reconstrucción de la parte del país destruída y, al mismo tiempo, emprender una vasta obra de fomento de la producción industrial.

Los derechistas acordaron oponerse. La pasión política suele inspirar actitudes no siempre de acuerdo con los permanentes intereses nacionales. Con tal de dar pábulo a dicha pasión, no se vacilaba en cerrar el paso a iniciativas encaminadas evidentemente al bien público. Dentro de la temperatura que vivía entonces Chile, todo se explicaba. Aguirre Cerda encarnaba un movimiento de izquierda, renovador, con amplios ideales sociales, en pugna con viejos modos de hacer. En ese instante, uno de los más prestigiosos miembros del Partido Conservador, de altísima figuración diplomática y parlamentaria, absolutamente leal a los postulados de su partido y compenetrado de la urgencia nacional, resolvió apoyar al Presidente izquierdista, porque ante todo había que remediar la catástrofe y atender al clamor de los pueblos heridos y deshechos. Callo el nombre por razones que quienes lo conocen se explicarán fácilmente. La iniciativa prosperó, y así pudo Chile atender a la urgente reconstrucción y crear la Corporación de Fomento que, desde luego, no se entregó a amigos políticos, sino a técnicos competentes, sin miramientos partidistas.

También ocurrió otra vez, en Colombia, en circunstancias dolorosas y recientes que los hombres de opuestas tendencias, contando con la honestidad e imparcialidad de un gobernante auténticamente inspirado en ideales patrióticos, supieron sobreponerse a las contingencias del instante y se esforzaron y esfuerzan por crear un clima de convivencia que permita al país continuar por su senda de progreso.

No son casos esporádicos. Podríanse multiplicar los ejemplos. Todos ellos probatorios de que jamás, en repúblicas civilizadas, con políticos cultos y patriotas, se hace necesario llegar a situaciones de impasse, por cuanto, frente al imperativo colectivo, las pasiones y caprichos individuales tienen que ceder y ceden, a fin de evitar cataclismos dolorosos que un

buen ciudadano mira con íntima congoja. Pero la iniciativa de tales pasos y de las correspondientes rectificaciones tocan antes que a nadie a quienes mayor responsabilidad tienen ante el pueblo. No son los más humildes, sino al revés, los más encumbrados quienes tienen la obligación de enmendar rumbo y ponerse al servicio de los intereses nacionales. Si ellos fallan, si ellos no saben su misión, si no entienden su cometido, si se colocan por debajo de su responsabilidad y su puesto, si se juzgan beligerantes, tercos, sordos, incomprensivos y violentos, la suerte del país corre grandes riesgos. Por donde, ahora, en pleno siglo veinte, conviene recordar, con miras a los intereses generales, el viejo consejo del esclavo al Emperador Romano: "Recuerda que eres mortal". O sea, en términos más sencillos y valederos: "Recuerda que eres de carne y susceptible de error y pecado. Rectifica y enmiéndate para que seas digno del destino que la fe pública confió un día en tus manos". Y cuentan que el Emperador aquel, el del consejo del esclavo, tuvo un gobierno largo y glorioso.

Luis Alberto SANCHEZ.



QUÉ HORA ES ...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

El crepúsculo de los pedagogos

Por *José* MUÑOZ COTA

(Del libro inédito: *Retrato sin cara.* Envío del autor, en Asunción, Paraguay. Dicbre. del 48)

"Ah! los conozco, miserable! ¿Hablas de aquellos charlatanes pálidos y descalzos, entre los cuales se encuentran el perdido Sócrates y Querefón?"
Las nubes Aristófanes.

"Somewhere in the east: early morning: set off at dawn, travel round in front of the sun, steal a day's march on hin Keep it up for ever never grow a day older technically".
Ulises James Joyce.

Cuando leí la anécdota de Mark Twain y de su hermano gemelo, ansiosamente deseé tener uno; pero no fué a mi hermano gemelo, sino a mí a quien la maestra de tercer grado, llamada Esperanza, aplazó con un agujero redondo como los ceros de mis medias, en la clase de caligrafía. Así fué cómo, desde entonces, estuve predestinado a sufrir por culpa de las bellas letras. No es admisible escribir sobre temas bonitos con letra fea, aunque las historias más hermosas se cuentan hoy con la complicidad de las máquinas de escribir.

Mi madre deseaba que yo fuera ingeniero mecánico. Tal vez porque mi padre lo fué; pero de habérselo preguntado, antes del accidente que ocasionó su muerte, seguramente que hubiera opinado distinto; primero, porque generalmente los maridos deben opinar de diferente manera que sus esposas para no sufrir la tragedia de Sócrates con Xantipa. (Sabido es que Xantipa obligaba a Sócrates a vivir en la plaza pública, fomentando ella, a su manera, un sistema pedagógico); segundo: porque habitualmente los padres anhelan para sus hijos lo que no pudieron conseguir ellos y estoy seguro de que mi padre —en las alforzas de la subconciencia— ha de haber estado celoso de los loritos azules y negros, saltando en el papel pautado cuando mi madre estudiaba música, fastidiado de guarismos y rectas pero, ¡quién sabe!

Desde que a los hombres les entró el desventurado afán de educar a los demás, es que andamos a las carreras con la angustia y el descontento. Porque las cosas de la educación son arduas y abstrusas y nadie las entiende; lo que sucede es que a los pedagogos les da miedo confesar, aunque sea a la hora de la muerte, lo inútil y chocante de su oficio.

Se enseña, claro, a quien no sabe. Se enseña, además, no por enseñar, sino para algo preciso, con un objeto, una finalidad aunque, a las veces, maliciosamente, la educación se disfrace de juego —enseñar deleitando— muy pronto la educación readquiere su auténtica faz de lobo frente a Caperucita: Haz esto; haz aquello; haz lo otro. Debemos hacer, debes no hacer (los pedagogos modernos han descubierto que es más pedagógico usar fórmulas positivas que no crean complejos de inferioridad) —basta el inocente y bonachón de Juan Jacobo— con su romanticismo de día de campo a cuestas—; con martingalas naturales, subconscientemente, está tratando de conducir a Emilio, aunque empeñado en darle a Emilio, darnos a nosotros y darse él mismo, la impresión de que es Emilio, quien se conduce solo; pero si se enseña algo, para algo, ¿qué cosa debe ser este algo? ¿Para qué se educa? No naufraguemos en teoría. El denominador común es este —después de los últimos congresos de los trabajadores de la enseñanza que llegaron a idénticas conclusiones—: para ser hombres. Educamos a los niños para que sean hombres. Nuestro abuelito Hesiodo decía: "'Ciertamente, es el mejor de los hombres aquel que todo lo considera y examina qué cosa será, en último término, lo justo. Bueno es también el que sabe seguir lo que otro rectamente le enseña. Sólo es inútil aquel que ni conoce por sí mismo ni toma en su corazón la doctrina de otro". Esto es, se parte del principio de que el hombre tiene que aprender a ser bueno y a ser justo; el hombre como es, es hombre insuficiente, porque devino menos hombre o porque no ha llegado a ser hombre integral. (Como suena a Rousseau, lo que es de Rousseau: "Dios poderoso, tú que tienes en tus manos los espíritus, líbranos de las luces y de las funestas artes de nuestros padres y devuélvenos la ignorancia, la inocencia y la pobreza, los únicos bienes que pueden hacer nuestra felicidad y que a tus ojos nos son preciosos"). Acaso no sabemos cuál es la medida exacta del hombre y menos cuál es la medida de las cosas que nos han menester y seguimos fracasando frente a un rompe-cabezas imaginario. Acaso no existe del hombre esa medida, acaso... Hay quien nos diga que hay tantos tipos de hombre como períodos históricos analicemos, porque el hombre es apenas la super-estructura de un complejísimo juego de variados factores económicos, políticos, sociales, geográficos, etc., pero también quien nos afirme que a pesar de esta variedad perdure, a través del tiempo, la especie hombre, una aspiración común a ser hombre, es encontrar los valores irreductibles, los valores esenciales. ("Detrás de toda norma, de todo precepto, de todo objetivo hay un valor... deber ser, significa dirección hacia algo; el valor es ese algo que da la dirección". "Sólo puedo saber qué es mi deber, si sé qué es valioso y qué carece de valor". José Romano Muñoz). Todo esto puede llevarnos a enojosas e inútiles discrepancias. La tarea del pedagogo es simple en la actualidad: consiste en encontrar a cada niño su natural vocación y en facilitarle su desarrollo, propiciándolo espontáneamente. Tan fácil es esta tarea que presupone dos condiciones: a) deshumanización del maestro —quien debe anular en él, como los yoguis, toda voluntad egoísta, sombra de autoridad y empeño de imponer su propia tabla de valores, (después de los derechos del hombre, los derechos del niño)—; b) capacidad para encontrar, en medio del alud de pasiones, psicología del niño, psicología de la prepubertad; psicología de la adolescencia; psicología de la juventud; psicología de los anormales, en todos los casos anteriores, diferencias entre niños ricos y niños proletarios, etc., etc., en medio de esta selva oscura encontrar la auténtica directriz vocacional. (Ortega y Gasset, con sentido humorístico, después de inventarnos la deshumanización del arte, nos ha inventado el fracaso del hombre frente a su vocación, la que no se conoce a veces, ni a la hora de la muerte, si no es devolviendo el film, proyectándolo al revés); pero no, Sócrates fué un humorista excepcional. Como sucede a casi todos los humoristas, su humor fué el resultado de menudas des-

avenencias privadas. ¡Esa Xantipa! Ella fué quien descubrió la vocación de Sócrates y lo obligó a vivir a mitad de la plaza pública, haciendo lo único que puede hacer quien no goza de las delicias hogareñas inventadas por los ingleses.

La teoría de Sócrates puede dividirse en dos partes: una negativa y una positiva. (Más adelante veremos, dialécticamente, que la síntesis de su negación y afirmación, es su actitud humorística). Premisa negativa: nadie sabe nada. (Para demostrar esto nos ha obligado a "leer" los diálogos con trampa que le dictó a su taquígrafo Platón). Premisa positiva: toda ciencia es una reminiscencia. ("La virtud es una ciencia; se puede enseñar a ser bueno: los manejos del hombre como los del estado, son enseñables"). Ahí tenéis a Sócrates, en las calles de Atenas y en los banquetes, formando lo que Dilthey llama "los admirables tipos juveniles que Platón ha descrito"; esto a pesar de Alcibiades... el traidor Alcibiades, como lo califica Potemkin... pero tal vez estemos de acuerdo en que no se puede enseñar lo que ya está en el hombre y que el maestro, entonces, partero, comadrón, sólo tiene que cooperar con la naturaleza; todo esto puede ser, pero no hay duda de que los padres cada día hacen menos caso a sus hijos. Hemos llegado a la anarquía pedagógica, cuando los padres no atienden las demandas elementales de sus hijos. De haberme consultado, hubiera sido mi hermano gemelo y no yo, quien hubiera seguido el camino de las letras. Lo importante sería descubrir a qué remoto y oscuro abuelo debo el origen, la causa de mis reminiscencias. Así, el "conócete a ti mismo", dejaría de ser una crucigrama.

Sócrates era proletario —así lo comprueba Augusto Messer— e indiscutiblemente por venganza de clase, trató de demostrarnos la ignorancia, vaciedad y petulancia, de aquellos jovencitos vagos, tontos y snobs, crecidos a costa del dolor de sus esclavos. Sócrates supo, indiscutiblemente, el desprecio que los cultos atenienses sentían por sus maestros (aunque Sócrates procuraba crear en ellos, burla burlando, la sistemática turbación, al fin hábil estratega).

Hay quien dice que Sócrates fué el inventor y precursor del género policíaco, en la novela; otros le atribuyen el incremento del juego de adivinanzas; pero todo es materia de "deslinde" y no compete a mi ignorancia alegre sino a la sabiduría de mi venerado maestro don Alfonso Reyes o a la de mi dilecto amigo don Ermilo Abreu Gómez...

La cosa fué que mi hermano gemelo se negó a cooperar conmigo, no viniendo a tiempo de dividir la vocación y fuí yo quien se las hubo con el primer cero, en clase de caligrafía, tercer grado, en escuelita de barrio, donde la maestra se llamaba Esperanza. Mi maestra Esperanza, ¿habrá leído a Platón? Como Sócrates no dejó nada escrito —que yo sepa— creó el género —eso sí— de los buenos escritores que no escriben sino conversan. Naturalmente que los diálogos de Platón, no son de ninguna manera diálogos, sino exactamente monólogos. Quien habla es Sócrates. Sócrates quien interroga y Sócrates quien responde; a las veces, como en los circos, les concede graciosamente el papel de "paloros" y les apunta las contestaciones que él requiere. ¡Y lo disgustado que se ponía el sabio viejito, cuando algún imprudente, dando rienda suelta a su elocuencia, trataba con su propio discurso de arruinarle le juego! Sin embargo, yo creo que mi maestra Esperanza no había leído a Sócrates, o no lo amaba lo bastante como para entender mi inveterado precoz hábito de conversador, que me ha sido fiel hasta la edad madura, si bien ahora ya no asisto, naturalmente, a la escuela, para conversar sino que voy al café para educarme, lo que, viéndolo bien, es casi lo mismo. Si en las escuelas se instituyera el servicio obligatorio del café (tinto con tinta, qué bien se llevan, diría un bogotano...) a más de fomentar los hábitos de la buena conversación, proporcionaría a las aulas esa sana alegría que, según crónica, tuvieron las cabras etíopes del feliz descubridor.

Me pregunto: ¿por qué será que siguen los maestros de hoy venerando a Sócrates, cuando Sócrates, en vez de enaltecerlos, defenderlos y glorificarlos, se manifestaba tan despectivo, considerándolos de la más vieja ralea, al igual que los insufribles burguesillos que lo escuchaban. Cosa parecida sucede con Platón y los poetas. Platón los arrojó de su República y los poetas, en cambio, han sido no sólo generosos para el perdón, sino pródigos para el ditirambo. Lo interesante de todo esto —me dijo una vez mi hermano gemelo— es comprobar lo poco o nada ateniense que nos resulta Sócrates. No es positivamente jónico, es, totalmente, dórico. Más cerca se encuentra su estilo de la estreñida elocuencia de los espartanos que de la gracia y suave inspiración que floreció en los divinos labios de Pericles y perpetuó el encanto de la Diosa Harmonía! Sócrates adelanta las aceradas frases comerciales de cualquier espartano de hoy. Por él los dioses perdieron su resonante voz. Prometeo robó el fuego sagrado para dar a los hombres la esperanza, mientras Sócrates sembraba escepticismo en los despilfarrados efebos de los banquetes... Después de Sócrates, la educación no sabe adónde ir; se pierde su épica, es decir su mito; ha perdido su retórica, es decir su mística; buscando la libertad del hombre —conócete a ti mismo— ha encadenado al hombre, mediante la educación, a la implacable furia del Estado, al que supedita Platón su sistema educativo. Así nació el totalitarismo, con la República, nieta de Sócrates!

Pero mi hermano gemelo —Abel se llamaba— murió en mis manos con la complicidad de mi mala caligrafía y así, frente al crepúsculo de los pedagogos, por no conocer entonces, a pesar de ser niño precoz, o porque mi maestra no amaba a Sócrates, no supimos ni mi maestra, ni mi hermano, ni yo, cuál era mi vocación y un cero en la prueba de caligrafía no nos dió el signo de las angustias que hoy padezco —y no padeciera— por culpa de las malas letras.

Por qué soy liberal

(*Envío del autor*, en Bogotá).

Soy liberal porque profeso y practico los siguientes principios de Justicia y Democracia, que son la esencia del Liberalismo:

I. Creo que todos los hombres nacen libres e iguales ante Dios y ante la Ley. No admito, por lo tanto, diferencias por razón de nacimiento, fortuna, color, raza o religión, y combato toda oligarquía, es decir, todo privilegio indebido dado a los menos con exclusión de los más.

II. Creo en la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer, y en el derecho de los niños a ser protegidos. Por lo tanto, lucharé por la plenitud de garantías para mi compañera y nuestros hijos.

III. Creo en el derecho de expresar libremente los pensamientos por la prensa, el radio, la correspondencia y la tribuna. Por lo tanto, combatiré toda forma de opresión o de censura, y el monopolio de aquellos instrumentos.

IV. Creo en la libertad de conciencia y de cultos, y en el derecho de cada ser humano de adorar a su Dios conforme a su religión, sin traba alguna.

V. Creo en la libertad económica. Por lo tanto, lucharé para que hombres y mujeres tengan trabajo, sean protegidos en éste y gocen de libertad sindical, a fin de que ellos y sus familias logren el bienestar sin la incertidumbre del mañana, tengan un techo propio y se hallen libres de toda explotación.

VI. Creo que los campesinos pobres tienen derecho a la ayuda del Estado para conseguir tierras gratuitas, no pagar arriendos ni hipotecas sobre las tierras que cultiven y recibir herramientas y artículos necesarios a pre-

cios de costo, por medio de cooperativas a que voluntariamente se asocien. Lucharé, por lo tanto, para que el Estado expropie las tierras necesarias, con indemnización justa a sus dueños, y las entregue a los campesinos.

VII. Creo en el derecho del pueblo a manifestar su voluntad libre y secretamente por medio del voto. Combatiré, por lo tanto, toda imposición fraudulenta de la minoría, y no aceptaré como legítima ninguna dictadura militar o totalitaria, ni autoridad que no esté respaldada por la voluntad del pueblo libremente manifestada.

VIII. Creo que debe protegerse la propiedad útil, honradamente adquirida con el trabajo, y que esa propiedad es una función social que implica obligaciones. Por lo tanto, ella debe usarse, no para explotar a los otros, sino para servir a la sociedad sirviendo a su dueño.

IX. Creo que la educación debe ser impartida por el Estado gratuitamente a todos, y que ella no debe ser un negocio sino un servicio público.

X. Creo, en fin, que la libertad es el supremo bien del hombre, pero que no le basta a éste la libertad política y necesita también la libertad económica.

Por esos principios lucharon Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera, y por ellos murió Jorge Eliécer Gaitán. Yo me comprometo también, como liberal, a luchar y a morir por ellos.

Firmo en señal de que acepto estos principios,

. . . .

Texto escrito por el doctor *Carlos H. Pareja* en la prisión, el 4 de diciembre de 1948.

Versos folklóricos de la Meseta Central

Recogidas por *José Manuel SÁNCHEZ*

(En el *Rep. Amer.*)

Costa Rica, 1948.

Una blanca paloma
desde el ciejo bajó,
en el pico una rama
y en la rama una flor.
Y a una niña morena
esa flor se la dió.
¡Vale más mi morena
que los rayos del sol!

(Cantarcillo popular).

En una conchita nácar
te quisiera retratar
para llevarte junto al pecho
y no salirte a buscar.

*

Tus ojitos y los míos
se tiran a parecer;
si Dios lo quiere y conviene
la pareja se ha de hacer.

*

En el corazón te llevo
clavada como un puñal,
que a sacarlo no me atrevo
y el tenerlo me hace mal.

*

Ni contigo, ni sin ti
tienen mis penas remedio;
contigo, porque me matas,
y sin ti, porque me muero.

*

Eres como la verbena
que en el campo verde nace,
eres como el caramelo
que en la boca se deshace.

*

No me mates con cuchillo,
no me mates con puñal,
mátame con tus ojitos
y tus labios de coral.

(Coplas populares).

Echadita la pájara pinta,
echadita en su verde limón;
en el pico recoge la rama,
en la rama recoge la flor.

De la flor nació María,
de María nació el Señor.
¡Ay, mi amor!

*

—Vamos a la huerta del Toro toronjil,
a ver a doña Ana
comiendo perejil.
—Doña Ana no está aquí,
anda en su vergel,
abriendo la rosa,
cerrando el clavel.

*

—Pobrecita la huerfanita
que no tiene ni padre ni madre,
la echaremos a la calle
a llorar su desventura.
—Cuando yo tenía mis padres
me vestían de oro y plata,
ahora que no los tengo
me visten de pura lata.

(Cancioncillas de niñas).

—Barquero, ¿querés pasarme
al otro lado del mar?
—Si te paso, niña hermosa,
si te paso, ¿qué me das?
—Te doy mis alhajas de oro,
son mi único capital...
—Yo no quiero alhajas de oro,
lo que quiero es algo más.
—Barquero, ¿qué es lo que quieres,
que no me quieres pasar?
—Lo que quiero es un besito.
El barquero la pasó...
—Adiós, barquerito lindo,
—Adiós, pasajera, adiós...
El beso que tú me diste
todavía lo guardo yo...
¡Qué besito tan sabroso
que hasta el corazón llegó...!

(Cancioncilla de niñas).

—Voy en busca de violetas,
ciruflé, ciruflá.
—¿Para qué querés violetas,
ciruflé, ciruflá?
—Para perfumar mi ropa,
ciruflé, ciruflá,
para que me quieran mucho
la tengo que perfumar.

*

—Arroz con leche, me quiero casar
con una señorita que sepa bailar.
—Casate conmigo, que yo te daré
zapatos y medias color de café.

*

San Selerín, de la buena, buena fin,
así hacen las que se empolvan,
así y así, y así...
(Se acompaña el canto con los gestos y se repite variando de ocupación).

(Canciones de niñas).

Eres chiquita y bonita,
eres como yo te quiero,
eres campanillita
en las manos de un platero.

(Coplas populares).

—Señora Santa Ana,
¿por qué llora el Niño?
—Por una manzana
que se le ha perdido.
—Que no llore por eso
que yo les daré dos:
una para el Niño
y otra para vos.

(Canto de niños).

Dormite niñito,
cabeza de ayote,
que si no te duermes
te come el coyote.

(Canto de cuna).

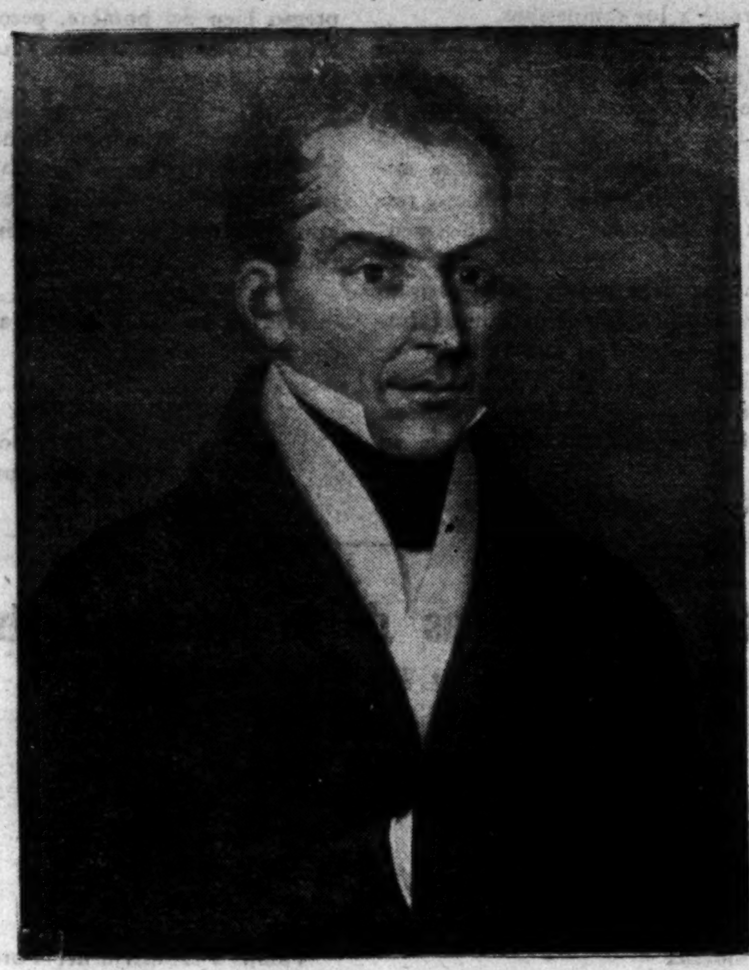
Permanencia de Simón Bolívar en América

(En el *Rep. Amer.*)

La totalidad de los ecuatorianos sabe de la permanencia de Bolívar en América. Porque Don Simón está entrañado en nuestro mismo paisaje, como ningún otro de los personajes de la historia. Se pertenece tanto a la sinuosidad y a la belleza de nuestros parajes, como que se identificó poderosamente con ellos en sus andanzas libertadoras. Y, por tal, no puede ser más justa la frase que se le asignara en un tono en cierto modo épico que pretendía medir el casi inmensurable itinerario de sus viajes: Don Simón Bolívar es el ciudadano de América que más largamente cabalgó en una mula incansable a través de los Andes bravíos, por los valles amerindios, por la vastedad de los llanos, por senderos inhollados y a ras de los ríos vírgenes, dilatados y mágicos, como verdaderos caminos de la eternidad.

Un ecuatoriano repara, a cada paso, en la vigencia y la permanencia de Bolívar, sin que ya se diga nada de la tan conocida verdad de la rectoría de su palabra, de la viva actualidad de sus ideas, concebidas y desarrolladas para el porvenir, y de ese su arado ilustre que no pudo hundirse en el mar, no obstante su desencantada afirmación de las postrimerías.

Pero no son muchos, como se quisiera, los ecuatorianos que han observado esa presencia vigilante del Libertador en los ámbitos de las naciones que forman hoy, como en reposición de antiguos prestigios y de historiados destinos, una espiritual Gran Colombia, como lo quiso Don Simón hasta los minutos finales de su tarde agonista de Santa Marta.



Bolívar en 1829

(Del natural, por *Antonio Salas*)

Desde Quito, corazón de la nacionalidad ecuatoriana, hasta la anchurosa ría del Guayas, Bolívar está presente y constante. El arte quiteño es el que acertó, en pinceladas de modelo presente, en el retrato auténtico de Bolívar. En la Rotonda guayaquileña se consagra, en la estatura broncínea, el abrazo de Bolívar y San Martín, coincidentes en su pensamiento de libertar a nuestras patrias. Pero si aquí se le conoce en sus días del canto glorioso de Olmedo, en su apasionado episodio de Manuela Sáenz, es posible seguirle, objetivamente, en otros de sus procesos de vitalidad y de lucha, de amor y desengaño, de tenacidad y de fe, de fervor y duelo, en su nativa Caracas o en su estancia de Bogotá.

Caracas está llena, saturada de su presencia. Allí hemos de ir a conocer a Bolívar como una mayor cercanía de ambiente. Allí está su casa natal, si flamante, a trechos, por la necesaria reconstrucción, evocadora, religiosa, casi emotiva. Así, desde la fachada colonial de rejas españolas, puede hacerse la justa evocación de los orígenes, del desprendimiento de la partida, del temblor de los regresos. El patio cuadrangular en cuyo centro se guarda la antigua pila bautismal de la Catedral de Caracas en donde recibiera Bolívar el primer sacramento. La sala principal, austera y solariega. La alcoba en la cual nació Bolívar. El comedor, el romántico patio de los granados. La vasta galería de la derecha. La cuadra de los Bolívar. Tal presencia se aviva con los lienzos de Tito Salas que ensayan y terminan una biografía pictórica, aparte de los retratos de familia en los cuales alientan el hogareñismo y la genealogía. Aquí del madrigal a la nota élega: la noche del casorio, y luego, a poco, para pensar en la ruta de los destinos, ese cuadro de Salas que describe, en pincelada albar y gris, la muerte de Teresa de Toro y Alaiza de Bolívar, ya nos revela cómo Simón, de la pensativa vigilia junto al corazón yacente de su esposa, se iría, para siempre, a buscar la libertad de América. Michelena, Salas, Tovar y Tovar, han sido los biografistas pictóricos de Bolívar. Hay un vuelo casi miguelangelesco en el Salón Elíptico del Capitolio de Caracas, edificado por orden del Presidente Guzmán Blanco. Murales de epopeya, galería de generales de la Independencia bajo el alto signo de Bolívar.

Pero la justa reconstrucción, tal como lo reclama un proceso entero de biografismo, ha de hacerse con el recorrido de otros lugares que sintieron la huella de su planta. Casacas y espadas, vestidos de campaña y de parada, tambores y rifles, fragmentos de granada... Cofrecillos menudos y guardapelos de encajería en los que están, paradójica o justamente desvitalizados, los cabellos de Bolívar. Casaca de Junín por donde la polilla ha querido extender su avance de silencio destructivo y que, en otrora se conmoviera en ese "ferrado ritmo" de sable y lanza, igual, metálico y tenso, como si se tratara de la resurrección de un combate de *La Ilíada*. Americana de campaña que llevaba el Libertador cuando su ascensión al Chimborazo... Aquí la fuerza documental se mezcla, para mayor gloria, con la misteriosa inquietud del mito. Y es justo que así sea. Aquiles y Héctores, Patroclos y Ulises, Cides y Rolandos, tendrán que revestirse, a través de los años, de una fuerza leyéndica. Esa es la obligada parábola del héroe, del constructor, del mártir, del santo. ¿Coronaría Bolívar la cumbre nevada del gigante de los Andes? ¿Se hizo allí el desvanecimiento genial entre la nieve y la bruma y la figuración de las luengas barbas del tiempo, tal como en la alegoría luminosa? No hace falta la comprobación y nos atreveríamos a sostener que estorba. Se queda, sí, el poema, el documento vivo, el Delirio sobre el Chimborazo. Y, por la centésima vez, estamos cerca del Bolívar poeta que no pretendió serlo, pero que se quedará en varias de sus más urgidas y líricas páginas.

En Bogotá es preciso encontrarle en sus altos y también en sus andanzas. El Palacio de San Carlos, quemado en gran parte en el abril trágico, muestra todavía, no obstante la anarquista labor, el ventanal por el que fugó Bolívar en la histórica noche de setiembre, a instancias de su libertadora, la quiteña que por gracia de tal amor y por la gracia de su gracia, decurre por los episodios de la biografía. Y allí, más lejos, de viaje a la colina, está la Quinta de Bolívar, religiosa, cariñosamente guardada. Aquí la evocación se cumple ejemplarmente. Quinta umbrosa y silenciosa, de rampas y zigzags, de jardines que guardan conformación espontánea como en el libre latir de las flores. Aquí vivió Bolívar y todo está como en el primer día. El lecho del hombre magro es de mínimas dimensiones. Aletea algo como una frugalidad en el comedor de sencilla apariencia. Florido el sendero que conduce al baño profundo. Y otras y otras estancias y rincones en los que se hace la convocatoria del recuerdo.

Augusto ARIAS.

Bogotá, 1948.

Entre los escritores nacidos en el Líbano, la nueva república que apenas tiene unos pocos años, se destaca por la profundidad de su genio, la riqueza de sus imágenes y su filosofía estoica y comprensiva que lo acerca a los filósofos de la antigüedad y al mismo tiempo por su falta de prejuicios dogmáticos o sociales a los más avanzados de entre los reformadores modernos, Gibran Khalil Gibran, del cual ha dicho con justeza uno de sus comentadores: "Todos los libros de Gibran invitan a pensar detenidamente. Si temes pensar más vale que no leas sus obras".

Más sobrio que Rabindranath Tagore cuya hojarasca filosófica lo hace en parte pueril, Gibran es un Nietzsche sin sus nebulosidades y sus raptos de locura dionisíaca, un moralista que siempre vivió una vida pura y aunque su doctrina llega a negar la superioridad de la vida civilizada sobre la primitiva, las instituciones sociales de los hombres, sus leyes, su religión y costumbres actuales, nunca lo hace en estilo ramplón o amargado; sus negaciones tienen la consistencia de la verdad y después de leerlo es justo confesar que sus críticas son certeras, sus consejos, sabios, y su conocimiento de la existencia muy completo.

Nació Gibran el día 6 de diciembre de 1883 —dice su biógrafo, amigo y traductor al español, don José E. Guraieb— en el célebre pueblo serrano de Boharri que se enorgullece en ser, en el norte del Líbano, el guardián del bosque del milenario cedro cuya madera ha servido para construir un templo en Jerusalén. Al nacer, sus padres lo bautizaron con el nombre de su abuelo: Gibran, siguiendo así una costumbre tradicional muy en boga en Siria, teniendo a la vez que llevar el nombre del padre, eso es Khalil, de donde vino a llamarse al final Gibran Khalil Gibran. Así firmaba sus escritos en árabe aunque en inglés sólo firmaba Khalil Gibran".

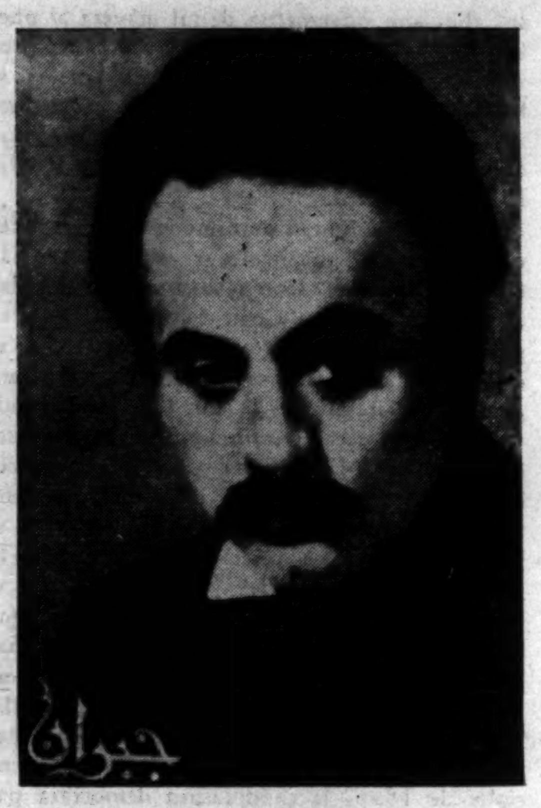
Gibran después de cursar sus estudios en la escuela de su pueblo natal, pasó con su madre y hermanos a vivir en Boston, en los Estados Unidos, pero después de estudiar allí unos años, fué enviado a instancias suyas al célebre colegio "Al-Hikmat" de Beyrut, en Siria, donde se perfeccionó en los idiomas árabe y francés y después de obtener su diploma de licenciado dedicó un año a recorrer y conocer todo el Líbano y Siria.

Volvió a Estados Unidos con el afán de estudiar y dedicarse a la pintura y empezó a escribir en 1905 a los 26 años, en revistas de idioma árabe de Nueva York, consiguiendo desde el principio llamar la atención de los entendidos por la profundidad de sus ideas y al ir a París a completar y perfeccionar sus estudios de pintura, el gran escultor Rodín pudo decir respecto a él: "El mundo debe esperar mucho de este poeta libanés que hoy es el William Blake del siglo XX", pero estaba escrito que no debía ser así, pues en lugar de un eximio retratista, Gibran, el que creyera Ricardo Baeza al principio de su carrera que sólo fuera el pseudónimo de algún escritor occidental, resultó ser un poeta y filósofo que como dice Eugenio D'Ors: "merece ser leído por los espíritus delicados" y sus libros *El Profeta, Jesús, hijo del hombre, El Loco, El Precursor* y *Los Dioses de la Tierra*, escritos en inglés o ilustrados con dibujos del autor, merecieron ya ser traducidos a diez lenguas europeas y al japonés, hindú, etc., consiguiendo *El Profeta* más de diez copiosas ediciones en inglés antes de que el autor falleciera.

Noticía sobre Gibrán Khalil Gibrán

Por *Alejandro MAGRASSI*

(En el *Rep. Amer.*)



Gibrán Jalil Gibrán

*

En *El Profeta* vemos a una especie de Zaratustra de Nietzsche que él llama Al-Mustafá y que dibujó el autor con sus propios rasgos, decirnos cosas como estas: "Vosotros gozáis haciendo leyes para vosotros mismos, pero más gozáis violándolas y quebrantando sus preceptos y dictámenes".

También es del mismo libro este pensamiento: "Seréis libres, en verdad, si vuestros días fueran exentos de trabajo y en vuestras noches no tenéis algo en qué pensar o alguna tristeza cuyo dolor os atormente..."

Gibran en Nueva York en sus últimos años añoraba sus paseos por Siria. En abril de 1902 murió su hermana Sultana, en febrero de 1903 su hermano Pedro a una edad aún muy temprana y tres meses después la madre a la que el poeta quería con veneración idolátrica.

Gibran sobrevivió a estos contrastes con estoicismo sirviéndole sus libros como lenitivo para su desesperación, pero el 11 de abril de 1931, a los cuarenta y ocho años, edad que es prematura para un escritor de su clase, falleció de su viejo mal cardiaco en el Hospital de San Vicente, en Nueva York.

El filósofo escribió sus libros en inglés, sin duda por las facilidades que se le dieron para su publicación en Norteamérica, siendo traducidos después al árabe por Monseñor Bachín.

Sin embargo y pese a su extraordinaria difusión decía en 1930 a la escritora egipcia May Ziadé: "¿Por qué he escrito esos cuentos y estos artículos? ¡Oh! ¿Por qué no esperé? Yo nací y viví para escribir un libro, un solo y pequeño libro nada más. Mi misión en la vida era decir una sola palabra *viva* y *alada;* pero no supe esperar..."

A pesar de su origen oriental la Iglesia Anglicana acogió sus doctrinas como propias leyéndose hasta hoy mismo pasajes de sus obras a los fieles juntamente con el Sermón de la Montaña.

Su éxito entre la gente de Oriente especialmente en Siria y Líbano, ha sido también notable y la lectura de sus obras se va extendiendo cada vez más. Es extensa ya la bibliografía con comentarios de su obra y doctrina habiéndole tocado a Ricardo Baeza, José F. Guraieb y otros darlo a conocer en castellano por lo cual no han dejado los periódicos y revistas de índole arabista de los países americanos de reproducir algunos de sus bellos poemas en prosa, cuentos cortos o máximas breves que son por su alcance filosófico y bello estilo verdaderas joyas de la literatura universal...

Buenos Aires, enero de 1949.

Panorama de la literatura social Norteamericana

Por *Teodoro DREISER*

(Traducción y envío de *Alejandro Carrión*, en Quito. Ecuador. 1948).

En todos los países, los escritores de verdad han emprendido la lucha por la libertad. Esto significa que los escritores del mundo entero han adquirido plena conciencia de la marcha de la historia y de las causas de los males de su tiempo. Yo considero esencial, para llegar a esta conciencia, tanto en arte como en literatura, que el artista y el escritor se sientan atraídos por la vida, a fin de que logren comprenderla en su verdadero sentido. Cuando han logrado comprenderla así, es natural que sus obras se inclinen a los grandes problemas nacionales y, específicamente, a la lucha de los hombres por su subsistencia.

Es por esto que, desde que los libros se convirtieron en factores de indiscutible importancia para la vida de los pueblos, los grandes escritores, en especial los novelistas, se dedicaron a expresar las desgracias de los hombres. Ejemplos de ello son Dostoiewsky y Tolstoi en Rusia; Goethe, Schiller, Heine, Sudermann y Hauptmann en Alemania; Dickens, Thackeray, Trolop, Wells, Shaw, etc., en Inglaterra; y en Francia la nutrida falange que comprende desde Víctor Hugo a Maurice Martin du Gard. Es posible que se haya llegado a pensar que en el país de la riqueza, los Estados Unidos de América, mi pobre país, la mayoría de los hombres haya logrado tanto bienestar económico como para no sentir la necesidad, en su significación esencial, de libros como los de Dostoiewsky en Rusia o aquellos en que Dickens peleaba por el pueblo en Inglaterra. Pero el haber pensado esto es un error. Los Estados Unidos de América necesitan de estos libros porque no han conseguido ninguna venturosa transformación económica. Y por eso, en mi país tenemos esos libros y su número aumenta cada día. Sin embargo, la mejor literatura de nuestro país, has-

ta estos últimos tiempos, no se ocupa específicamente de las angustias económicas del pueblo, sino de los problemas emocionales del individuo, en tanto ser humano. No es muy larga la lista de nuestros escritores en este terreno, si bien lo que flaquea en cantidad lo gana en la riqueza de calidad. Efectivamente, contamos en ella a Edgard Allan Poe, figura de reputación universal, que estudió en su obra las agotadoras emociones personales de los hombres vencidos por la vida. Herman Melville, el autor de *Typee, Omoo* y *Moby Dick*, escritor en cuya obra está siempre presente el mensaje opresor del misterio y la amargura. Para los que lo han leído, *Moby Dick* será siempre una interpretación semi-mística del devenir, presentada en forma de realidades activas. Nathaniel Hawthorns, más que ninguno otro escritor norteamericano, realizó en la interpretación artística el altorrelieve del drama íntimo de un hombre o una mujer. Contemporáneamente a estos tres grandes novelistas advino Thoreau, penetrado por la injusticia de la naturaleza, de la sociedad y de los hombres. Los catorce volúmenes de *Notas* que dejó testimonian la gran simpatía que para la atormentada humanidad tuvo su genio de escritor. Para terminar rápidamente esta lista mencionaré únicamente los nombres de Howells, Mark Twain, Henry James y Walt Withman. Ellos supieron comprender al hombre, simpatizaron con su causa. Pero, hecho evidentemente nuevo, a despecho de su simpatía y compasión hacia el hombre, en cuanto individuo, tuvieron ya la conciencia de que, hasta entonces, se había llevado demasiado lejos la moral y la represión religiosa (que caracterizan la vida norteamericana, hasta 1920, a pesar de que Norteamérica, en el fondo de su corazón, desde el día en que se alzó el primer establecimiento de Virginia, fué realista y verdaderamente inmoral en la acción); moral y represión llenas de crueldad, ya que aceptaban y encubrían, como algo natural y moral, la esclavitud, no solamente la de los negros importados de Africa, sino la de los blancos que, con el crecimiento del industrialismo en la Nueva Inglaterra, estaban siendo sometidos a la condición de esclavos de las máquinas. En realidad, se pretende frecuentemente —y yo pienso que es exacto— que la querella por la esclavitud fué en parte una querella entre industriales de la Nueva Inglaterra y del Norte y habitantes del Sur: los aristócratas de la Nueva Inglaterra comenzaban a temer que, gracias a los negros que trabajaban gratuitamente para ellos, los aristócratas del Sur los superasen en independencia e importancia. Esta suspicacia engendró una tirantez de relaciones a la cual no era en manera alguna extraño el precio del algodón. Esto es exacto, como decía, en parte, pero no hay que olvidar la oposición religiosa y sentimental a la esclavitud, que fué fervorosamente sentida y practicada por una gran parte de los norteamericanos. Oposición ésta que representa, en la querella sobre la esclavitud, la reacción bondadosa del corazón humano y gracias a la cual es posible albergar la esperanza de unos Estados Unidos en los que no tenga cabida la explotación del hombre por el hombre.

Mas, a pesar de que el sentimiento antiesclavista estaba muy extendido por la Unión, fué necesaria una cruenta y costosa guerra civil para que se pudiera abolir la esclavitud, y a esta guerra siguió inmediatamente el desarrollo comercial más agresivo y realista que jamás haya contemplado el mundo. Todo el país pasó de la esclavitud negra a la esclavitud blanca en el trabajo. De 1865 a 1896 se fundaron todas nuestras grandes compañías y nuestras corporaciones gigantescas. Simultáneamente surgieron los grandes movimientos de protesta social. Las compañías del petróleo, embalaje y acero, los trusts ferrocarrileros, sus bancos y sus abogados oprimieron de tal manera al pueblo que se puede decir que son ellos los promotores de la lucha social. Sucesivamente se levantaron los populistas de Kansas, los obreros de los Pullman de Chicago; los arrendadores de California contra la Southern Pacific Railway.

Ante la voluntad omnímoda de las grandes organizaciones comerciales se doblegaron fácilmente nuestros Congresos, nuestra legislación estatal, nuestra Corte Suprema y nuestra prensa. En todas partes se comenzó a decir que la obra de las empresas comerciales era justa, que estamos en la Edad del Individuo, que cada norteamericano puede convertirse, de la noche a la mañana, por obra y gracia de su esfuerzo individual, en un Rockefeller, un Morgan, un Gould o un Vanderbilt. Y si bien la gran masa podía ser convencida, la parte más pensante del país sabía perfectamente que esas afirmaciones eran falsas, que se trataba de un plan gigantesco para engañar a todo un pueblo. Prueba de ello, prueba también de que ya entonces el individuo estaba muy abatido económicamente, es el hcho extraordinario de que, en las elecciones presidenciales de 1896, la candidatura demócrata para la Presidencia de la Unión fuera ganada por un abogado casi desconocido, William J. Bryan, con un solo discurso, conocido en nuestra historia con el nombre de "Cross of Gold"; más aún, de que la ganara con una sola frase de ese solo discurso. Esta frase es la siguiente: "Vosotros (dirigiéndose a las grandes organizaciones industriales y comerciales) no tenéis derecho de clavar en la frente del trabajo esta corona de espinas", es decir, que los procedimientos financiros y legislativos de nuestras grandes corporaciones habían conducido al ciudadano norteamericano a los salarios de hambre, a la pobre educación, a la "imposibilidad de llegar", y que ya era tiempo de que el pueblo estadounidense se diera cuenta de que todo esto era obra de los grandes financieros yanquis.

No he querido, en el párrafo anterior, hacer una disgresión económica, sino probar que, con el desarrollo económico de la nación surgió en Norteamérica la novela de protesta social. Efectivamente, de una manera casi repentina, aparece entre nosotros un nuevo tipo de escritor, que comprende en forma clara la relación estrecha que existe entre la miseria humana y las dificultades económicas de la masa. En *The Gilded Age* de Mark Twain encontramos ya al escritor que desenmascara al individualismo económico todopoderoso e inhumano de Norteamérica. En este sentido, Twain fué quizá el primero, bien que rápidamente siguieran su camino escritores como Stephen Crane quien, sin hacer resaltar de manera específica el sistema económico, hace en *Maggie, una muchacha de la calle*, un acto de acusación social impresionante. Viene después *Main Travelled Roads*, de Halim Garland, amarga pintura de las desgracias de un arrendador norteamericano. Y luego, otros más, como H. B. Fuller con *The Procession*, William Allan White con *A certain Rich Man*, yo mismo con mi novela *Sister Carrie* y Upton Sinclair con *The Jungle*.

De una manera asaz significativa e interesante, estos libros marcan el fin de un período preliminar de protesta social y se producen en un período en que todo confluye a hacer creer en que los norteamericanos están resueltos a oponerse, con todas sus fuerzas, a cualquier cambio de moral social en lo concerniente a los derechos del individuo para tomar lo que pueda y guardarlo sin escrúpulo alguno. En efecto, un clamor reaccionario se eleva en la gran prensa, la expresadora de la voz de los ricos. Como si esto no fuera suficiente, el escritor insurgente se ve condenado a un verdadero ostracismo: sus editores lo rechazan, si tenía una posición social, ve alejarse de su lado a todos sus amigos. Procedimientos legales, campañas difamatorias, juzgamientos en los tribunales; nada se ahorró contra el autor de un libro de protesta contra el sistema social norteamericano, basado en el confort y riqueza de una minoría rodeada de la terrible miseria del pueblo de los Estados Unidos. Todavía en 1905 los grandes de Norteamérica ignoraban voluntariamente la existencia de los radicales. Como lo sabe todo el mundo, en 1885 se ahorcó, como si fuese un anarquista declarado, a un hombre a quien se acusó de haber arrojado una bomba en la ciudad de Chicago, y cuya responsabilidad nadie se preocupó de comprobar. Esta ejecución fué seguida de muchas otras, como el fusilamiento de H. C. Frick, obrero de la Carnegie Steel Works, de Pittsburg. Simultáneamente aparecieron grandes agitadores sociales como Eugene V. Debbs, Emma Goldman y Johan Most y con ellos comenzó la guerra entre plutocracia y democracia. Se dieron a la publicidad libros de la clase de *El Capital*, de Marx, *Progress and Poverty*, de Henry George y *Looking Backwards* de Edward Bellamy, profusamente difundidos, apasionadamente discutidos, al mismo tiempo que los nuevos escritores lle-

gaban al conocimiento literario de las masas y las clases sociales. Sobre el terreno de las letras encontraréis sus críticos y sus defensores, los que mantienen que la literatura no debe ocuparse de los acontecimientos económicos y los que no quieren cerrar los ojos ante la realidad de su tiempo. Es así como Norteamérica devino consciente de la existencia de las clases sociales y la masa.

En este mismo tiempo, dos hombres, Henry L. Menken y George John Nathan, críticos, teatral el uno, de libros el otro, entraron a la batalla y tomaron el partido de los trabajadores, cada cual en su propio terreno. Ellos estuvieron siempre por el arte que expresa la tragedia natural de la vida, que es en gran parte tragedia económica y nunca se opusieron al arte que expresan las grandes crisis de la sociedad. Con ellos y algunos nuevos escritores, Abraham Caban con su *Rise of David Lewinsky*, Willa Cather con *My Anthonio* y Sherwood Anderson con su *Winnesburg, Ohio*, la novela norteamericana continúa alejándose de las manidas historias de la "vida de sociedad", tradicionales, y se aplica a describir la condición humana bajo una falsa democracia. A los escritores ya nombrados se suman muchos otros, advenidos durante y después de la Guerra del 14, entre los que se distinguen Sinclair Lewis con *Main Street* y Scott Fitzgerald con su *Beautiful and Damned*, que revela los extremos a que puede alcanzar la locura de los ricos.

La Guerra del año 14 y la llegada del comunismo cambiaron definitivamente el rumbo de la literatura norteamericana, dividiéndola en dos corrientes claramente diferenciadas: una, que continúa la novela de ficción e interés humano puramente individual, sin preocupación alguna de orden social; y otra en la que se hace luz sobre los problemas del trabajo, de los alojamientos, de las usinas, y en la cual hay algunos escritores verdaderamente poderosos sobre el público lector. En realidad, es indispensable reconocer que la agitación popular que siguió al establecimiento del comunismo en Rusia, arrojó una luz deslumbradora sobre las injusticias sociales de Norteamérica y estableció en forma inamovible la existencia de los dos únicos campos literarios ya aludidos: el de los libros escritos con el único fin de divertir, para los que pasa ignorado el orden social y el de los libros escritos para convencer de que es indispensable un cambio en la estructura social. Es muy larga la lista de ambos lados. Personalmente, yo no tengo mucha fe en la calidad intelectual de los libros dedicados a relatar una historia por el solo placer de relatarla. Del otro lado, en el dominio de la literatura social, yo he encontrado por lo menos dos obras estimulantes: *God's Little Acre*, de Erskine Caldwell y *Sanctuary*, de William Faulkner. Estos escritores y algunos de nuestros dramaturgos recientes, como Marc Beitzstein en *The Cradle Will Rock*, Paul Peters en *Stevadore* y *Tobacco Road*, basada en una novela de Erskine Caldwell —que ha sido representada todas las noches durante cinco años— son claras muestras de que la tendencia social de la literatura triunfa en los Estados Unidos, a despecho de la crítica conservadora y en franca lucha con nuestra autocracia. Son los escritores que pertenecen a esta tendencia los que están haciendo la verdadera literatura norteamericana. Los otros pueden durar un día, una semana o tres meses.

Dictadura, enfermedad sudamericana

(En *Pregón*, Bs. Aires. Dicbre. 1 del 48).

Es indudable que América del Sur y Central siguen siendo campo propicio a la experimentación de quienes encuentran fácil camino del cuartel al gobierno. Son demasiado los ejemplos que podríamos citar, para caer en la redundancia de hacerlo. El mal no es nuevo pero, pareciera que los hombres que se disciplinaron a la austeridad y sintieron vocación por la carrera de las armas, hubieran perdido todo sentido de su responsabilidad y sus deberes, para caer llevados por el más brutal de los sensualismos y una fiebre de poder hasta ahora desconocida, en la toma del poder por la fuerza. Es así como varias naciones vienen soportando bajo diversos disfraces, dictaduras que han sumido al pueblo en la postración cívica en una práctica oscurantista que ha cerrado toda posibilidad de manifestarse al Soberano.

Ahora le ha tocado el turno a Venezuela, donde otra junta de coroneles y uniformados de diversas jerarquías han asumido la responsabilidad ante su pueblo de "restablecer las garantías constitucionales" cuyo pleno goce disfrutaba el pueblo de ese país hermano. Lo lamentable es que estos gobiernos nacidos de la fuerza no se limitan a entregar la conducción del Estado a círculos determinados pero civiles, sino que muy por el contrario, prolongan y hasta hacen permanente su dirección con la secuela de consecuencias de que nos hablan los muchos casos producidos.

Pareciera que los militares sudamericanos estimasen que es imprescindible su presencia en los gobiernos de sus países para asegurar la normalidad de los mismos. Hay en ello un craso error. Error que nace de la experiencia que nos ha demostrado, la ineptitud de la mayoría de los militares para sobresalir con el mismo brillo que en su especialidad, en la delicada tarea de la conducción del Estado.

Pareciera, además, que el talento civil molestara a los militares. Tal el caso último de Venezuela donde un golpe derechista ha eliminado del gobierno a Rómulo Gallegos que por sobre sus excepcionales condiciones de escritor y periodista, se había revelado como un estadista mesurado y progresista. La mediocridad nunca soportó un alzamiento por sobre el nivel común. Los pueblos mismos suelen mirar con desconfianza a los gobernantes de lúcida inteligencia porque los suponen con espíritu demasiado reformador. Pero ese temor no debe existir cuando las inquietudes manifestadas tienen el respaldo de la Constitución y el control del pueblo mediante sus representantes y sí provocar la movilización de aquél cuando se lo quiere sorprender en sus más caras conquistas mediante engaños que sólo persiguen por finalidad cercenar sus libertades. La dictadura, enfermedad sudamericana, sigue extendiéndose por todo el continente y son previsibles sus consecuencias si la voluntad popular se mantiene dormida otorgando a mandatarios de dudoso origen la suma de un poder que nunca debe salir del pueblo.

Dos poemas

de *Arturo MONTERO VEGA*

(En el *Rep. Amer.*)

CONCIENCIA DEL RETORNO...

Yo tengo que volver al lado de los míos
para poder decir mañana:
"que la luz me ilumine
con todo el esplendor de su premio.
Que todos los ojos se miren
en mis ojos de fuego.
Que el obrero le diga al obrero:
ese que parece un poeta,
con un riachuelo en los ojos
y una paloma negra en la boca,
hubo un día que nos entregó un paquete
que contenía su decisión de lucha.
Por eso le tienen el rostro iluminado.
Vamos a proceder a entregarle la dicha".

Yo tengo que volver al lado de los míos
para poder decir mañana:
"cuando algunos cogieron la rama del olivo
y la metieron en su caja de vidrio,
para no oír nada,
ni ver nada,
ni sentir nada,
yo la rompí en mil partes
que fueron mil lágrimas,
y mil dolores.
¡Que revisen las cajas de vidrio
y que saquen las ramas de olivo!"

Porque yo pude haber dicho
como dijeron otros:
"rifé mi nombre y lo ganó una estrella,
la miré a los ojos y le entregué mi vida.
¿Qué me importan los otros?,
me importan sus ojos negros".

Porque yo pude haberle robado
la beatitud a la aurora
y colocar mi corazón
a la altura del crepúsculo encendido.
Mas preferí la noche
y coloqué mi estrella.
Más me llené de sombras
y caminé entre penas.

Yo tengo que volver al lado de los míos
para poder decir mañana:
"Que se haga la voluntad de los obreros.
Que cada cual presente su carnet al día
y que a mí me diga el Comité respectivo:
Ya puedes tomar de la mano a la felicidad,
como los niños de los cuentos.

A FLORY NARANJO

Una gran camarada.

La camarada Flory
se fué
cuando se fué la aurora.
No pudo soportar
la noche oscura.

La camarada Flory
se fué
cuando llegó la envidia,
y el terror y el duelo.
Se llevó la bondad
en sus pupilas.
Se robó de la luz

su cuerpo entero.

Yo conocí
la clara verdad de sus anhelos.
Ella sabía
que su dolor primero
era el amplio y grandioso
dolor de los obreros.
Ella
—mejor que nadio—
entendía,
que al pueblo
hay que entregarle nuestras fuerzas
día con día.

La camarada Flory
tenía
un corazón más grande
que el tamaño de su vida.
Tenía
un pensamiento enorme
del tamaño de las cosas
que sabía.

Responso.

Yo le canto
al dolor que significa
una rosa derretida.
Le canto
a la que en vida fué
la rosa mejor vestida
de nuestro rosal de fe.

Gloria a ti, Flory Naranjo,
la grácil e inteligente,
la dulce camarada
con la mañana en los ojos
y la frente iluminada.

—

Cariaco, Estado Sucre.
Venezuela. Octubre de 1948.

Divagaciones de una pluma que no es cuchara
EVOCACIÓN DEL SIGLO XIX

Por *Víctor LORZ*

(En el *Rep. Amer.*)

Para la composición de este trabajo tengo a la vista: *Fastos de los verdugos de Italia,* por Castelli; *Historia política de los papas* (siglo XIX), por el uruguayo Nin y Silva; *Historia de la Iglesia Católica,* por el cardenal Doellinger; *La religión al través de los tiempos,* por el venezolano Martín Requena; y *Síntesis de Europa,* por el conde Sforza.

* * *

El año 1848 no fué tan sólo el del espaldarazo al marxismo y el de su lanzamiento a la arena candente de las luchas ideológicas por una mente genial. Fué también un año de revoluciones generales en Europa y una piedra miliaria en la evolución de la política y de la conciencia en el mundo. Los dos grandes ejes de rotación de la lucha fueron: el principio de las nacionalidades o autodeterminación de los pueblos para manejar su vida pública y el de la autonomía de la conciencia para su vida privada. En esquema: lucha entre el absolutismo político-religioso y el liberalismo. La *democracia liberal* fué la gran musa inspiradora de todo el siglo XIX. La lucha fué tremenda y llenó, sobre todo, la segunda mitad de esa centuria a partir del año 48. Para un espíritu inteligente, el resultado final no podía ser otro que el de una lucha biológica, con el triunfo de la especie mejor o liberalismo, por el mandato de una ley inexorable. Como en toda lucha de signo grande, el papel regresivo estuvo a cargo de la iglesia, aliada secular de las monarquías de *derecho divino;* y el papel progresivo a cargo de espíritus superiores que dirigían la conciencia difusa de las masas hacia metas más altas. Armas de la primera, las de siempre: la ignorancia, la excomunión, el fanatismo de los escritores católicos y una *infalibilidad* cocinada al minuto, contra la opinión de dos obispos más sabios y prudentes del concilio del Vaticano a quienes se tapó la boca con la censura.

Quien no conozca a Drumond, a Veuillot, al conde de Maistre, a Donoso Cortés y a Sardá y Salvany, no sabe lo que es reacción. Pero quien ignore que el cerrilismo de los dos primeros dió lugar a las leyes laicas y a la separación del estado y la iglesia en tiempo de Combes y Clemenceau, tampoco sabe lo mejor. La figura central de la historia europea en ese tiempo, fué Pío IX llamado comúnmente *Pionono.*

Este *pobre cura de aldea* (son sus palabras) que enredó tanto, y que perdió a tantos, incluso a él mismo; teólogo mediocre y político y sociólogo nulo, quiso detener la marcha del tiempo anclando las instituciones políticas y religiosas de su siglo en el punto y hora en que las dejara Gregorio VII, otro papa peleón, cuyas huellas exactas quiso seguir Pionono a pesar de estar separados por un abismo de diez siglos. Pero la lucha contra el tiempo estaba perdida aunque la dirigiera un papa infalible en la realidad y no en el papel, y aunque ese papa tuviera un enciclopedia por cabeza en vez de la tiara de los sacerdotes del dios Mitra. De la humanidad de Pionono poco hay que decir: era guapo, pero epiléptico. Le faltaba la mitad del postulado de Salerno para ser una inteligencia normal. Por lo demás, estaba hecho del mismo barro humano que los demás mortales. Precisamente por ser así, es que contrajo la epilepsia desde joven, después de grave enfermedad por efecto de unas calabazas que le dió la princesa Elena Albani. Esto no es deshonroso para nadie, porque es humano. Pero esa misma epilepsia que le cerró el camino a *guardia noble* de S. S. (como era su vocación), le abrió el camino de la iglesia y fué la causa de su fortuna... y de su desgracia.

Con paciencia y saliva, de escalón en escalón, y aupado por una mujer guapa y un tío de campanillas, fué cardenal. Y gracias al Espíritu Santo, al capuchino Micara, y a los embajadores de Francia y Viena, papa. ¿Que cómo fué esto? Pues, como todo en las cosas humanas y sobre todo en Roma: por intrigas. El cardenal de Theya ha dejado escrito: "Los papas son como los pasteles: para tragarlos, es preciso no ver cómo se hacen". Gregorio XVI, el que condenó la *execrable libertad de imprenta,* había muerto. El cónclave se reúne y propone al capuchino Micara para sucederle. Pero el capuchino, enemigo de Austria, no es *persona grata* a la corte de Viena, y el embajador de ésta interpone su *veto.* El capuchino queda descartado. Suena el nombre del cardenal Lambruscrini, amigo de Austria. Y sale el conde de Rossi, embajador de Francia en Roma, y pone otro *veto.* Se le pide a la *paloma* que traiga otro nombre en su pico. Francia intriga, Nápoles intriga, Austria intriga, Baviera intriga, España intriga como en los mejores días de Carlos V y Felipe II y Carlos III, el que expulsó a los jesuítas con la ayuda de *Ganganelli* o Clemente XIV. Como desde tiempo inmemorial, todas las cancillerías intrigan, para que salga un pastel, digo, un papa a su gusto. Y el capuchino derrotado, que era un capuchino caliente, también intriga. Y la paloma simbólica, obediente a las cancillerías, vuela entre el cielo y la tierra, llevando y trayendo papelitos con nombres en su pico. Y gana por carambola el capuchino proponiendo el nombre de Mastai, oscuro obispo de Senigalia, untuoso, flexible y al parecer, inofensivo para las potencias, pero a quien el capuchino impone la condición de *crear obstáculos* a la política de Austria en la nueva Italia que aspiraba a ser *una.*

Tenemos pues a Pionono sentado en el trono que dicen de San Pedro, aunque es dudoso que Pedro, como Sancho Panza tuviera otro trono que sus propias posaderas. Y como al principio *todos somos buenos,* gobernó en liberal y acabó siendo lo que no podía menos de ser un papa: antidemocrático, absolutista, peleón, enemigo de la inteligencia, de la conciencia, y aliado casuista de los poderes temporales, ortodoxos o heterodoxos, con tal de que sirvieran a sus fines. Los jesuítas lo habían combatido acremente llamándole el *intruso Mastai* y *anticristo;* mas, por una ironía frecuente, acabó por echarse en manos de ellos, los que le inspiraron los cuatro grandes regalos que hizo al mundo y que resumen su larga vida de papa: la *Inmaculada,* la *Infalibilidad,* el *Syllabus* y los *Dolores Internos del Corazón de Jesús.* De los dos primeros, todos saben algo. De los tales Dolores, yo no entiendo nada. Pero del *Syllabus* sí que puedo hablar. Lo que generalmente no se sabe es que la monarquía católica de España negó el *régium exequatur* a la bula *Ineffábilis* que proclamaba la *Inmaculada.* Y que *El Católico* de Madrid que publicó la bula, fué procesado por el gobierno. Y que se escribió mucho, en las barbas de Isabel II, contra el nuevo dogma recién salido de los hornos del papa. Porque, si había una tradición a su favor representada por los franciscanos, había otra en su contra simbolizada en los dominicos con Tomás de Aquino a la cabeza. Ambas sectas se pelearon durante siglos cariñosa y concienzudamente. Y desde el siglo XVI los dominicos se pelearon además con los jesuítas. Ambos encarnaban ideologías antitéticas sobre tener psicologías opuestas. La mentalidad de los dominicos es férrea, inquisitorial, más española que la de sus enemigos los jesuítas, que es untuosa, elástica, posibilista y casuista en moral, en filosofía, y sobre todo, en mundología, en la gran ciencia del *savoir vivre* en la que son catedráticos. El imperio de los jesuítas, suprimidos en muchas naciones y vueltos a ellas después de la restauración francesa, duró hasta los días de León XIII, el que los sustituyó por sus enemigos al restablecer el

tomismo en las universidades católicas de Europa. Pero hasta el reinado de Pionono, al lado del papa blanco estaba el papa negro que, con las manos dentro de las mangas, vigilaba sus actos. Pero vamos al *Syllabus*.

Es un documento que consta de ochenta proposiciones y que sirve para reforzar con remaches dogmáticos los violentos ataques de Pionono contra los poderes terrestres en su encíclica *Quanta Cura*. Las ochenta proposiciones eran (¡no faltaba más!) otros tantos errores de aquel tiempo. ¿Qué cosa no era un error para aquel papa?

"*Error* los derechos de la conciencia, de la filosofía y de la ciencia". "*Error* los principios elementales del derecho público proclamados por la revolución francesa y consignados en las Constituciones de todo el mundo civilizado". "*Error* la doctrina de la soberanía nacional y del sufragio universal". "*Error* la libertad de los cultos no católicos". "*Error* la libertad de prensa y de palabra". "*Error* la enseñanza laica y el matrimonio civil". "En cambio, la iglesia es una sociedad *perfecta, independiente* en derecho de la autoridad civil". "Es *superior*, al estado y tiene el *derecho exclusivo* de dirigir la educación pública". "*Reivindica* para la iglesia *el poder coercitivo* contra las libertades modernas". "En conflicto con el poder civil, la iglesia tiene todos los derechos que la civilización sólo le concede al estado". "La iglesia tiene el derecho de inmiscuirse en la legislación civil para quitarle a ésta todo lo que favorezca a los protestantes y a los judíos"... Y así llegamos a la proposición ochenta con que termina y que viene a ser la explosión final y dramática del furor sacerdotal reducido a la impotencia, y que reza textualmente así: *El pontífice romano no puede ni debe reconciliarse ni transigir con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna.* Tal es el *Syllabus* en resumen y el texto del desafío lanzado contra la civilización universal por el papa Pionono.

Este ultramontano documento trastornó al clero, que se volvió más agresivo que nunca contra el poder civil y contra todo aquel que no sce tragara íntegro el *Syllabus*. Más no hicieron Hildebrando, Inocencio III y Bonifacio VIII en los días de hierro que fueron la edad media. Pero escandalizó al mundo ilustrado e hizo ponerse en guardia a los poderes temporales. Víctor Manuel y Napoleón III prohibieron su publicación en sus países. Los obispos de Bélgica, Francia y otros pueblos combatieron torpemente la escuela laica, la secularización de los cementerios, el matrimonio civil y a cuanto *liberal* se presentara a las elecciones. *El liberalismo es pecado*, era el grito de la época. Esto nos trae a las mientes la excomunión lanzada más tarde, el 14 de agosto de 1909 contra Ricardo Jiménez para abogar su candidatura. Pío X, otro pobre cura de aldea sin instrucción, condenó la candidatura de nuestro *gran hombre* diciendo que: "Dios, que es el autor de las elecciones, (*¡hombre, pues no lo sabíamos!*) ha de juzgar y castigar a los votantes y al *caudillo impío*". Pero vuelvo a Pionono. La combinación del *Syllabus* con la Infalibilidad que vino seis años más tarde, dió origen de Alemania a la *kulturkampf* o lucha por la civilización en los tiempos de Bismarck. El conflicto de Pionono con el gobierno alemán fué tremendo, y recuerda el de Gregorio VII con Enrique IV en la guerra de las investiduras. Pero lo agravó Mastai tomando represalias rencorosas contra los obispos alemanes que combatieron la Infalibilidad en el concilio del Vaticano. Pero Bismarck, a pesar de su genio dominante, quiso negociar con Roma y envió al cardenal Hohenlohe. Y el papa se negó a recibirlo. Entonces el *canciller de hierro* se acordó de su nombre y cogió el barlovento, o digamos tomó la ofensiva. ¿Resultados? A la muerte de Pionono casi todas las diócesis alemanas estaban sin obispos y las parroquias sin curas. ¡Persecución diocleciana! gritaron los ultras del mundo entero. ¡No! autodefensa del poder laico ante las intromisiones de un poder pseudorreligioso que desde el año 325 no ha cesado de revolver el mundo. El *canciller de hierro* no quiso ir a Canosa y eso es todo. Tampoco *fué a Canosa* Enrique IV a pesar de la leyenda que le han colgado. En cuanto a la católica Austria, se limitó a anular el concordato. Suiza siguió el ejemplo de Alemania. En España hubo de todo. En el imperio francés, también, pero lo peor. Porque la irresolución de Napoleón, oscilando entre su política liberal con el rey de Italia y su equivalente reaccionaria con el papa por las exigencias de Eugenia de Montijo, y de error en error, acabó por llevar a Francia y a él mismo a la catástrofe. De norte a sur Europa era un hervidero de pasiones políticas y religiosas, y un campo de odios copiosamente abonado para las guerras civiles, gracias al carácter tozudo y peleón de Pionono. ¡Pero fué también el crisol donde acabaría por cristalizar otra gran fase de la civilización humana: el liberalismo. En tanto que del *Syllabus* sólo los eruditos se acuerdan. Y el *Syllabus* que tanto escandalizó al mundo sabio, no fué tan sólo la profesión de fe de una institución medieval arcaica, sino un ataque contra Napoleón III por su política amistosa con el rey de Italia y en especial por la convención del 15 de setiembre del 64, por la que aquél retiraba sus tropas de Roma, dejando a esta ciudad a merced de las tropas italianas. Tal es el juicio del uruguayo Nin y Silva en su concienzudo libro *Historia Política de los Papas*, en el siglo XIX. Y ya que estoy nombrando a un americano ilustre, echaré una mirada sobre América para estudiar algunas de sus reacciones ante las interferencias del papa en los asuntos políticos del Nuevo Mundo.

En estas circunstancias, el ojo del observador no puede menos de caer sobre México. Y nombrar a México en los días de Pionono, es lo mismo que nombrar el *Imperio de Maximiliano*, que se trató de imponerle como un braguero a la república azteca. Trazaré las líneas generales del cuadro sin escapadas a los detalles que, ni caben en un trabajo de este *Repertorio*, ni encajan en mi temperamento más inclinado a las síntesis. Retrotraigamos la rueda de Cronos un poco menos de un siglo y dejémonos caer en la capital azteca en el 1855 cuando era ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos un demócrata glorioso y enérgico, que puede compararse con ventaja con los más ilustres de América, incluso Lincoln. Hablo, como adivináis, de Benito Juárez. Dos grandes leyes dan la tónica de esa gran época mexicana: la *ley Juárez* y la *ley Lerdo*, relativas a los privilegios del clero y a la desamortización de sus bienes. (Esta última nos recuerda nuestra *ley Mendizábal* del año 35). La constitución que vino en el año 57 es de las que definen una nación y una época. Una *carta magna* que estatuye: "Los derechos del hombre". "La abolición de la esclavitud". (Antes de Lincoln). "La enseñanza libre". "La prohibición por parte del estado de todo contrato que merme la libertad del hombre, ya sea por trabajo, por educación o por *voto religioso*". "Prohibición de órdenes monásticas". "Libertad de pensamiento, de prensa y de asociación". "Abolición del fuero". "Justicia gratuita sin costas judiciales". "Prohibición a corporaciones civiles o eclesiásticas de adquirir bienes raíces, fuera de los edificios adscritos a sus fines propios". "Condición de noeclesiasticidad para la presidencia de la república".

Los efectos de la publicación de esta Carta no se hicieron esperar. Todos los obispos mexicanos de acuerdo con Roma, fulminaron excomuniones contra aquellos que la juraron. "*Condenamos, reprobamos y declaramos nulos todos los decretos arriba expresados...*" (Pionono). ¿Después? Viene la reacción y triunfa un instante con el general usurpador Zuloaga. Pero Juárez toma la ofensiva y la vence. Y prosigue impertérrito su obra. "Hay que quitarle al clero los elementos de resistencia, desarmarlo y reducirlo a la impotencia, consumando la reforma. Hay que separar la iglesia del estado, suprimir conventos, extinguir congregaciones, cerrar noviciados y nacionalizar los bienes del clero. Después matrimonio civil, secularización de cementerios, reducción de los días festivos y pago por el clero de los gastos del ejército liberal".

Al parecer, todo estaba consumado. Pero... durante la guerra civil, el gobierno usurpador había hecho negocios turbios. En uno de ellos y por quince millones de pesos, estaba envuelto el duque de Morny, ministro de Napoleón. Francia, Inglaterra y España presentan cuentas y envían escuadras con tropas de desembarco. Juárez negocia con Inglaterra y España que se retiran y Napoleón queda solo, movido por dos influencias: la de su ministro y la de Pionono, que aspiraba a sacarse el clavo implantando un imperio católico y absolutista y ¡claro! recuperar los bienes perdidos. Está perfectamente averiguado que la intervención en México fué obra de Pionono, de acuerdo con la emperatriz Eugenia y el clero mexicano. Pero la energía de Juárez triunfó de todos. Y el infeliz Maximiliano, víctima inocente y propiciatoria, inmolada a unos millones impuros y a la testarudez de un papa, pagó por todos sin que le valiera el agua bendita. Y aquí acabó la aventura de Pionono en México.

Una mirada al Ecuador. También aquí corrió Pionono otra aventura en compañía de

García Moreno (58-75). Este caudillejo místico y violento había abolido la libertad de conciencia y obligado a la administración a ir a misa. El catolicismo era obligatorio; la herejía, delito; la libertad de cultos estaba proscrita; la enseñanza entregada a los frailes; el país consagrado al Corazón de Jesús; y el *Syllabus* ley del estado. Además se le había hecho por el gobierno el regalo de un millón de sucres al papa. Con estas premisas García Moreno tenía que ser el *ideal de los gobernantes*. ¡No faltaba más! Pero, la ira de tres patriotas que lo ultimaron en Quito, y a pesar del agua bendita, terminaron esta segunda aventura de Pionono por tierras americanas. Y las leyes laicas que vinieron más tarde con Eloy Alfaro, pusieron al Ecuador en el punto justo de las relaciones de la conciencia con la ley y con la civilización.

También el Uruguay corrió otra aventura y otra tormenta con Pionono. El general clerical Flores se había sublevado contra la ley tomando como pretexto la religión. Era el signo de los tiempos. La profesión de fe antiliberal era el *bill de indemnidad* que garantizaba a cualquier soldado bruto a quien le diera por romper la ley fundamental del estado. *El liberalismo era pecado*, y el general Flores no quería condenarse por un pecado de tan poca sustancia. Había pecados agradables que sí valían la pena... Pero el general estaba también bajo el signo de la tragedia y acabó sus días como García Moreno, sin que le valieran ni el patrono celestial ni el agua bendita. Hoy los tiempos han cambiado y se ha cambiado también el signo. O por mejor decir, el antiguo signo se ha mancomunado con el nuevo, sirviéndole de adjunto. Especie de una dama de compañía, pero siempre en segunda persona. El personaje principal, el primer actor es el *anticomunismo*, que es el encargado de darle lanzadas al comunismo, el nuevo y pobre chivo expiatorio que paga hoy por los pecados del mundo. Con el *anticomunismo* por bandera, cualquier sable analfabeto tiene una patente de corso para hacer cigarrillos con el papel de las leyes. Como el evangelio de los humildes no da para comer, se profesa el evangelio de los grandes que da para todo, hasta para ganar indulgencia plenaria por cualquier barbaridad.

Recojo y termino. Napoleón II y Eugenia de Montijo perdieron el trono. El ejército francés de Oudinot de guarnición en Roma fué vencido. El rey Fernando de Nápoles y su hijo, perdieron el trono. Isabel II de España, tan dilecta de Pionono y agraciada por éste con la *Rosa de Oro*, perdió su trono. También para bien del cristianismo (no del catolicismo, que es otra cosa) Pionono y sus sucesores perdieron su trono.

Tal es el resumen de la historia de Europa y América en el pontificado largo y turbulento de Pionono. No hablaba a tontas el embajador inglés en Roma, el prudente lord Clarendon, cuando escribía estas palabras textuales: *No parece sino que la Divina Providencia se divirtiera en obrar milagros contra las bendiciones del papa.*

San José, Costa Rica.
30-XI-48.

Lo soñado

Es un cuento de *Asela GUTIERREZ*
(En el *Rep. Amer.*)

Hace rato que la mujer escucha con las manos recogidas bajo la barbilla, esa barbilla infantil que le presta un aire desamparado e implorante. Están en el "Salón Frío" del único establecimiento decente donde se pueden tomar unas copas y entablar una charla íntima, en el remoto pueblecito adonde sus destinos los llevaron a encallar. Corre una insospechada brisa que refresca el paisaje tropical y pone un final de alivio en la jornada de sol y de trabajo. De día se ven como enemigos. El hombre que vino de las regiones antárticas siente como nadie los rigores del calor en este Panamá de fuego. Echa de menos la nieve, los lagos, las alturas andinas, las peñas literarias donde su espíritu se regodeaba cada noche al lado de amigos geniales y de una bohemia mujer que lo seguía siempre y lo refugiaba en sus brazos cuando el alcohol había corrido copiosamente en las tertulias. Cuando se embriagaba, entornaba los párpados y miraba como entre sueños, y al andar improvisaba un paso de valsesito criollo. O adoptaba un gesto conquistador y peligroso, de verdadero pirata. Los versos que le hacía declamar la embriaguez, eternamente delataban su incumplida vocación de marino y de pirata. Se lamentaba por sus mares distantes, por sus antiguas naves, por sus perdidos tesoros, por extrañas mujeres que a cada instante parecían decir adiós. Aquí en el Istmo acostumbraba recordar en sus conversaciones al más simpático de los Conquistadores, al sacrificado Balboa, cuya intuición lo condujera antes que ningún blanco a las orillas de un inmenso océano. Dueño de un mar... dueño de una isla... dueño de palmeras... Por ahí corrían las ambiciones del hombre. Le sentaban mal las corbatas ciudadanas, los horarios, los puestos cómodos y las menciones honoríficas. Sería difícil que corriera nunca a las puertas de un Banco de Ahorros, pero sí era presumible que en cualquier momento volara, como un gran pájaro libre, a posarse en otras costas. Había escrito libros sobre las experiencias marineras de su primera juventud. El pasado marinero constituía su orgullo y su blasón. Su charla estaba salpicada de alusiones al mar.



Asela Gutiérrez

—Allá quedó Lucía llorando, en el puerto... No me conmovieron sus lágrimas... ¿Por qué antes no quiso comprenderme?... Me hizo mil diabluras y las pagó... Allá, allá quedó llorando en el puerto...

Y se complacía en evocar así a la compañera bohemia, diciéndole adiós a través de una cortina de llanto, a las últimas luces de la tarde, quizás con un telón de lluvia que envolvía en gris oscuro los barcos de Valparaíso.

Esta noche había comenzado, como tantas otras, a anegarse en recuerdos. Cada uno aportaba los suyos para alimentar una hoguera que brillaba invisible en aquel bar, con perfume de sándalo y marisma, con sabor de azúcar. "Para qué necesitas endulzar tu café si eres cubana?"... Azúcar, caña de sus campos, poesía de la raza siboney... Y eran enemigos, de día, porque la mujer se sentía perdida y afanosa en esta tierra complicada. Su isla era también ardiente, pero el ritmo de la vida más suave y más lento, como a golpe de Habanera:

En Cuba, la isla hermosa del ardiente sol,
bajo su cielo azul,
adorable trigueña de todas sus flores la reina
[eres tú.

La noche apaciguaba el mal humor, y se buscaban para dar paseos y discutir sobre luceros. El le indicaba sus estrellas predilectas y le confiaba un temor sentido desde niño por la bóveda del cielo. Le atraía, pero adivinaba presagios oscuros, secretas amenazas en la comba gigantesca. Algún día se abriría, de pronto, y una voz terrible atronaría el espacio con reproches. Eran tan tontos los mortales... ¿Qué cosas no habían oído los cielos a lo largo de los siglos?

Ahora los cobijaba la atmósfera muy agradeble que habían creado en aquel saloncito interiorano. Esta noche no se les había acercado ningún conocido, ningún imprudente. Ni siquiera el anciano Tivo, pintor de cuadros ingenuos que retrataban leyendas panameñas; pozo de sabiduría popular, crónica viva por cuyas palabras ligeramente altisonantes y llenas de nobleza, resurgía el pasado de Panamá. Hablar con Tivo era como curiosear un relicario de marfil, escuchar una cajita de música, abrir un antiguo armario familiar con rico olor a vetiver. Al viejo Tivo le encantaba conversar con la pareja de extranjeros, y éstos encontraban un placer especial en las evocaciones de Ti-

(Envío de *Carlos Luis Sáenz*. Con estas palabras: *"Aquí le va una colaboración para* Rep. Amer. *Un cuento de* Asela Gutiérrez H., *Doctora en Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana, escritora admirable, traductora de la lengua inglesa, un fino espíritu y un gran corazón. El cuento tiene valor, usted lo verá y su tema es interesantísimo. La señora trabaja en la Escuela Normal, da castellano).*

vo. Lo acompañaban a menudo en sus recuerdos de ese ayer de crinolinas, mantillas y rezos; de sables coloniales e indios atemorizados; de juegos de prendas en los salones, de inocentes jiras campestres. De su boca oyeron la mejor versión sobre el origen de la Flor del Espíritu Santo, la que se abrió para maravillar los ojos de un desconsolado amante.

Hoy habla el hombre, pero su charla, al principio inofensiva, ha ido levantando ronca tempestad en la dama que escucha. "Yo no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero..." y, ¿a qué venía ese desgranar de nombres de mujer, de novias exquisitas, de divinas amantes aquí y allá, en todos los rincones del mundo? Primero lo escuchó con interés, luego con fingida cortesía. Por último hubiera querido pegarle.

—No tienes ideas de cómo me quería aquella limeña...

. . . .

Era una chiquilla salvaje de mi tierra. Estaba destinada a ser una hembra espléndida. Si vieras cómo temblaba cuando la sujetaba para besarla, en un descuido, tras de las cortinas del teatro! La enseñaba a actriz... No ha llegado a serlo... las pasiones de su vida real se lo impidieron... Pero, ¡cómo temblaba con mis besos!

. . . .

¡Pobre Berta, la nicaragüense...! Me estuvo buscando tres días y tres noches, desesperada. Cuando me halló, por fin, tenía los ojos muy tristes por la pena. Imagínate, tres días preguntando por mí en la ciudad. Era la doncella de Jerusalén, te lo aseguro... Ella es magnífica, ¿sabías? Una especie de Rubén Darío hecho mujer.

. . . .

En vano la mujer intentaba detener las remembranzas de su compañero. Alguna extraña nota se había puesto a vibrar en ese ser suyo tan huraño, y no quedaba otro remedio que oírlo. No sabía dónde ni por qué, pero le dolía oír. Se contemplaba de reojo. Todas las noches se acicalaba con esmero, a pesar del cansancio. Era una forma de reafirmar su personalidad, su chic. No quería enmohecer en este medio campesino, ni olvidar las artes mágicas en que culminaba su feminidad. Pareciera, sin embargo, que este varón no la hubiera mirado nunca. No había reparado en el fulgor de su pelo color del bronce, ni en su sensitivo rostro donde las lágrimas recién lavadas dejaran una huella patética, ni en esa peculiar combinación de busto delicado a lo María Antonieta y piernas fuertes de amazona. No, no había mirado nada... no sabía nada de su gracia. ¿Y su perfume?... ¿Y su traje negro que brillaba bajo la luz eléctrica?... ¿Y su señorío que en las calles hacía volver la cara de los cholos, asombrados como si hubiesen visto un copito de nieve?... Nada de eso veía. Terco... terco... llorando por mujeres lejanas y ya perdidas.

Como hubiera hecho un hábil mercader, había reservado para lo último la más sensacional de sus memorias. Era cosa bastante reciente. El escenario y el personaje femenino alcanzaban ya un prestigio de novela. Parecía cosa de novela.

—Verás. Venía en el mismo barco. Era una condesa italiana. Sí, no pongas esa cara, una auténtica condesa italiana. ¡Qué gran señora...! ¡Si vieras qué culta, qué refinamiento...! Todos me envidiaban su amistad en el "Sebastián Elcano", desde el capitán hasta el último de los pasajeros. Ah, qué noches, amiga mía, qué noches, qué conversaciones! Me hablaba de museos, de cuadros, de estatuas que había tenido frente a sus narices tantas veces y parecía que ya las estaba viendo. ¡Cómo aprendí cosas...! Hablaba inglés, francés, ruso, que sé yo cuántos idiomas... Y luego, qué dulzura, qué nobleza de pensamiento, qué discreción la suya! En el barco venían unas muchachas jóvenes, ¿sabes?... unas hermanas. Eran graciosas y alocadas... de uno de estos países de Centro América, salvadoreñas o ticas, no recuerdo bien. Me buscaban para jugar ping-pong, para bailar, para reírse conmigo... En ocasiones las atendía. ¿Crees que la condesa se ponía celosa?... ¡Qué esperanza...! Cuando pasaban a su lado se sonreía, extendía la diestra maternal sobre sus cabezas o acariciaba sus barbillas mientras decía con sutil ironía: "¿Qué dicen las indiecitas simpáticas? ¿Se divierten las indiecitas?"... Indiecitas, eso no más eran para ella. No le preocupaban lo más mínimo, y eso que estaba enamorada de mí, ¿sabías tú?... Estella María se llamaba. Bello nombre, ¿no es cierto? Estella María... No lloró al despedirnos, como comprenderás. Sabía dominarse... Pero hemos quedado citados para un día que tarde o temprano llegará. Yo viviré esperando ese momento, porque esa mujer era lo soñado. ¿Te das cuenta? Lo soñado. Si yo...

La mujer interrumpió llena de curiosidad:

—¿A qué venía a América?

—A visitar un hijo que está establecido desde hace tiempo allá en el Sur. Pero ella se volvió a Europa. Es viuda, naturalmente, y rica.

—¿Y es así de vieja?

Había lanzado el primer golpe. El hombre vaciló un poco, pero se repuso.

—Bueno, igual que yo, quizás algo mayor. Pero atractiva, muy atractiva... de esas mujeres que hacen olvidar la edad, ¿comprendes?

—Comprendo. Pero, ¿crees que en una semana que duró la travesía pudiste cerciorarte de que ella era lo soñado?

—Era lo soñado. Si viniera, querida amiga, yo no tendría ojos para mirar a nadie, ni siquiera a ti, cuya compañía me agrada tanto a ratos. Porque tienes tus cosas simpáticas, ¿sabes?, admitió generoso, mientras llenaba de nuevo la copa del vino verde de la botella. En este punto el ingenio femenino había preparado su desquite. Le dijo con una voz completamente desprovista de pasión, con un tonillo de consejo, de charla al amor de la lumbre:

—¡Si supieras...! A lo mejor exageras. Fué muy corto el tiempo para que puedas asegurar que fuera lo soñado. Es natural que la encontraras exquisita. Iban de viaje, no tenían preocupaciones inmediatas que resolver, ella estaba elegante desde la mañana, comían en un lindo comedor rodeado de cristales, oían música romántica, sostenían coloquios a la luz de la luna... ninguna responsabilidad, nadie con quien tener que discutir... ¿cómo no había de parecerte encantadora? Y... ¿qué le costaba a ella prometer para un futuro incierto, esconder lo que no se debe mostrar ni decir, a quien no ha de volverse a ver jamás?... Pero si en vez de seguir viaje se hubiese detenido, si la hubieras continuado viendo, cuántas desilusiones no te habrías llevado quizás...! Por fuerza la habrías tenido que ver alguna vez con resfrío, o con dolor de muelas, o discutiendo con el servicio doméstico, o con una horrenda redecilla sujetándole los rulos, una mañana en que te hubieras presentado de improviso en su casa. No creas en las apariencias...

Se ensombreció la cara del hombre, no tanto por los contumaces ataques a su ídolo sino por la manifiesta incerdulidad sobre su perspicacia masculina.

—Oye, ¿pero me crees tonto!... ¿Crees acaso que soy un pobre diablo que nunca ha visto nada, incapaz de distinguir el oro de la hojalata?... ¿Crees que puedo confundir a una aventurera cualquiera con una mujer superior?

—Si no digo tanto... Puede ser una excelente mujer, pero también puede que sea lo soñado sólo para ti, no para los otros, porque tú y especialmente tú la viste en condiciones tan favorables que la sublimaron y te la hicieron apreciar más. A eso me refiero... Para cuántos hombres no habré sido yo también lo soñado, sí señor... A propósito, ¿no te he hablado del romance que viví tres días con un gringo, cuando yo venía para Panamá? Es una de las cosas más bonitas que guardo para cuando esté viejita y me siente en un sillón a repasar mi vida. ¿Quieres que te lo cuente?

Y sin esperar la contestación del hombre, le encajó la historia que su imaginación había estado puliendo desde media hora antes, para tenerla lista y aplastar con su audacia al interlocutor. Terminaba así:

—Tenía, como tú, la obsesión marinera. Como te dije, durante la guerra se paseó por todos los mares con la Marina norteamericana. ¿Sabes qué nombre le puse?.. ¡Simbad!

—Y ahora ¿qué hace, vende salchichas?, interrumpió el hombre para molestar.

—No vende salchichas. Pasó por Panamá en una encomienda de negocios, por cuenta de una importante firma de Chicago. Si vieras qué recorrido tan interesante llevaba...! Me ha escrito lindas cartas desde todos los lugares... ¿Te interesan las estampillas?... Tengo muchas... Y... mira tú lo que son las cosas... Para ese gringo, por cierto joven y bien parecido, yo fuí también lo soñado. ¿Sabes cómo me llama en sus cartas?... Scheherezada.

—¡Qué va a saber de esas cosas...! Los gringos son muy superficiales.

—Pues éste era muy culto. Me llama Scheherezada porque le encanté durante esos tres días con los atractivos de mi espíritu y con mis atractivos de mujer. Ese nombre simboliza a la mujer que llena las horas tediosas. Para él fuí la soñadora de mil sueños, "dreamer of a thousand dreams". Algún día volveremos a reunir nuestros sueños y volveré a decirle como le dije entonces en mi inglés chapurreado: "I have drowned myself into your liquid blue eyes", me he ahogado en tus líquidos ojos azules. Y... ¿sabes por qué acabo de comprar Scheherazada para mi tocadiscos?... Para recordarlo mejor.

—¿Fuiste sultana de veras?, preguntó él con no disimulada inquietud.

—No, hombre, si era muy respetuoso.

Al fin se enredaron en una polémica, empeñados ambos en deslucir a la condesa y al gringo, respectivamente.

—¡Fanfarrón...! Querría ver qué facha tenía la condesa pasada de moda, y la nicaragüense, y esa cómica de la legua que se ponía en trance cuando la besabas...!

—Ya me habían dicho que las mujeres tropicales tenían un vocabulario exuberante... repara en las cosas que me has dicho... ¡y cómo desafías...!

. . . .

Se acercaba Navidad. Desde la memorable conversación, la condesa italiana y el norte-

REPERTORIO AMERICANO

EDITOR
J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

americano Simbad habían estado presentes en casi todos los encuentros del hombre y la mujer. Aquél decía:

—Estella María ha prometido cruzar el mar una vez más, por verme. Ojalá llegue a tiempo para que estemos juntos en Navidad. Y al decirlo hacía un ademán como de sacar de los bolsillos una carta de aquélla.

—Pronto termina el recorrido de Simbad. A lo mejor llega también a tiempo, añadía la mujer.

Y so pretexto de oír música, tocaba interminablemente la evocadora suite de Rimsky Korsakov. Escuchaba en actitud de profunda abstracción, mientras intencionadamente dejaba vagar por su fino semblante una sonrisa, y los labios se entreabrían como anhelantes de musitar palabras a un oído lejano... El hombre fingía detestar esta música.

—No, por Dios. Ya sabes que no me gustan los conciertos ruidosos. Nada de orquestas. Un piano, un buen violín, eso es lo que me encanta. Quítalo y pon un Chopin, por favor.

En distintas fechas, poco antes de Navidad, cada uno de ellos marchó a la capital. Discretos, no se preguntaron acerca de los mutuos planes, pero sus partidas resultaron misteriosas, como si los esperase alguien.

. . . .

En la noche del 24, el hombre camina aburrido por la Avenida Central de Panamá. No sabe qué hacer. No tiene rumbo fijo, ni mucho dinero. De pronto se detiene un bus en la esquina más próxima, y baja una mujer delgada y rubia que le recuerda a alguien conocido. La sigue, por curiosidad, y enseguida las luces de las vitrinas le descubren quién es.

Ella camina un poco de prisa, y él la observa intrigado. ¿Será posible que el gringo la espere en algún sitio, que haya llegado el fabuloso personaje a quien sus burlas no han conseguido destruir?... Cuando se acerca al teatro *Cecilia* la mujer empieza a rebuscar en su bolso. Es evidente que se propone pasar la Nochebuena en un cine, probablemente sola. Claro que sí, sola. Pero... ¿y Simbad? Repentinamente lo invade una onda de ternura por la mujer que camina delante. Repasa detalles insignificantes, pero de ésos que componen su grandeza y su encanto. Recuerda que ella habló una noche ante un público de cosas trascendentales que en sus labios resultaron graciosísimas. Que cierto día pasó por su casa y vió en el portal, colgadas al sol, todas las prendas de vestir que la mujer había lavado, y esto le pareció muy cómico y tuvo que reírse. Que le había contado ella misma sobre sus dos clases de llanto: uno silencioso, de lágrimas gruesas, especie de llanto cósmico por la desolación de la vida. Y un llanto ruidoso, de lagrimitas finas, hipos y desastres nasales, cuando lloraba por capricho. ¡Pobre mujercita tan sola por el mundo...! Con frecuencia sus briosos andares se aflojaban y los hombros resueltos parecían doblarse por una enorme pesadumbre. Y esa manera tan suya de referir las cosas... sus distracciones... su olvido tenaz de las pequeñas realidades... su habilidad para convertir cuatro paredes indiferentes en un abrazo.

¿Y si lo soñado estuviese tan cerca que bastara con entrar en el cine y apretar sus manos en la oscuridad...?

. . . .

Santiago de Veracruz. Panamá.
Diciembre de 1948.

Pura Vázquez: La poetisa del Sil

(En *Insula*. Madrid, 15-XI-48).

Aunque el nombre y el libro primero de Pura Vázquez me eran muy familiares ya, este verano he podido hallarla en su mundo humano y con las galeradas de otro libro, cerca. Conocer a un artista no es, por desdicha, cosa que nos atraiga demasiado pues hemos pagado muy cara la avidez de contrastar el mundo del arte con quienes lo crean. Pero conocer a esta delicada criatura estremecida que es la poetisa de Sil, sí que ha sido una suerte que se empareja con la de conocer su obra.

Pura Vázquez es una muchacha atosigada por la fiebre, que ha nacido en Orense y pasado su vida hasta hoy en los pueblecillos del Sil como maestra nacional. En los pocos años que cuenta su vida, ha trabajado con tres vidas y no sólo en la escuela. Modesta, breve, nerviosa, impaciente, es la criatura que imaginamos que fué Rosalía de Castro antes de casarse con el caballero Murguía. Jamás vi celebrar a las flores como Pura Vázquez las celebra; nunca oí una voz mejor empapada de emoción, de gratitud, de alegría, que la suya ante la naturaleza; ni con mayor dignidad y belleza poéticas. Leerla es oírla hablar; los versos no se han hecho "para" decir algo, sino porque es preciso decirlo o morirse! A vida o muerte se juega esta criatura su poesía desde su vida, y la sangre que mueve su cuerpo casi ingrávido sabe demasiado bien que hay que vivir de prisa, cantarlo todo de prisa, si se quiere soltar parte del enorme mensaje que contiene el corazón de Pura Vázquez.

Márgenes Veladas se llama su libro primero, y *En torno a la Voz* el segundo de inminente aparición. Los dos se han hecho en Orense, en imprentas locales y sin ningún lujo realzador. Por decreto histórico e inapelable, los libros normales de provincias son de presentación modesta y el lector se encara con su contenido, sin "atenuantes" editoriales. La prueba mejor de la poesía de Pura Vázquez, es que *se sale* de sus libros, que inunda de belleza su continente, y hace que las manos que cogen su apariencia material, se la lleven al pecho entrañablemente.

. . . .

Sin erudición, sin pretensiones, sin orgullo, sin querer decir más que esto, *poesía*, Pura Vázquez escribe como toda poetisa quisiera escribir: llegando al alma del que la lee. Es la más lírica de las actuales poetisas españolas, la de voz más auténtica, más originalmente propia. Sus motivos son los eternos, su adjetivación no es rebuscada; sus verbos son aquellos que trazan la vida del principio al fin, lisamente. Pero yo no puedo compararla más que a Rosalía de Castro, y no para descansar en el lugar común del antecedente racial, sino porque es a ella, humana y espiritualmente, a quien habrá que compararla mientras no sea sólo ella misma, por sí misma, ante todo el mundo.

A UN ARROYO

A ti, transfigurada corriente, puro arroyo.
A tus aguas cambiantes de reflejos, de sombra.
A la siempre ternura de tu seno fresquísimo,
todo flor, todo espuma.
A la música ingenua de tus bellos cantares,
grabados en estrofas de verdes terciopelos.
A ti, que en la cadencia rumorosa del aire
alzas hilillos trémulos de cristales gozosos;
que llevas en tu lecho de arenas y de musgos
la sed eternamente despierta de la tierra.
A ti, como un prodigio para lavar mis manos
pálidas, dulces, frías, calladamente acudo.

. . . .

En torno a la Voz llega a Castilla con su autora, cuya salud exige este clima. ¿Qué hará esta otra gallega en Castilla?, ¿qué reacciones líricas tendrá? Los montes de Orense son maravillosos; los paisajes de Sil (como los del Sar), incomparables; la dulce habla gallega, no se olvida... Un siglo entre la Galicia de Rosalía y la de Pura Vázquez es mucho; y la poetisa actual se ha entregado a la áspera meseta con sumisa ternura. Viene con un libro empañado de lluvia finísima, de olor suave a prados y a heno...; pero de él se coge la cálida alegría del más cierto hallazgo.

Carmen CONDE.